



TerBi

Revista de la Asociación Vasca
de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror

Nº 10
Agosto
2015

Especial V Concurso de Relato Temático:
"Mundo envejecido"

Con el relato ganador: *Eden Ranch* de
Pedro Pablo de Andrés Correas



Incluye los 5 relatos finalistas

Y la Crónica de la Jornada TerBi de Mayo

TerBi

Revista de la Asociación Vasca de Ciencia Ficción,
Fantasía y terror

Nº10 - Septiembre 2015

Especial V Concurso TerBi de Relato Temático

Un mundo envejecido

Los autores mantienen los derechos de sus obras.



Licencia: CC BY-NC-ND 3.0

NOTICIAS TERBI

Joserra Vila

Como viene siendo habitual, el pasado 9 de mayo tuvo lugar una nueva edición de las Jornadas de la TerBi, que como de costumbre, no tuvo desperdicio.

Tras la habitual presentación de nuestro presi, Ricardo Manzanaro, la Jornada comenzó con un habitual, Mariano Villareal, que nos habló de la evolución de la antología de relatos **Terra Nova** y el lanzamiento una nueva antología, **Mariposas del Oeste y otros relatos**, descartes que por diversos motivos no pudieron entrar **Terra Nova**, pero con una calidad incuestionable y que a juicio de Mariano, deberían ser publicados.

También nos habló de una iniciativa, **A la deriva en los mares de las lluvias**, una selección de relatos íntegramente extranjeros, abierto a la financiación por Crowdfunding. Pero aquí no termina todo, Mariano nos informó de la inminente edición de **Castillos en el aire** tanto en castellano, como en inglés. Una recopilación de relatos de los últimos 20 años, escritos en España, como por ejemplo **La estrella** de Elia Barceló, o **El rebaño** de César Mallorquí y, como no, Domingo Santos, Aguilar, Vaquerizo, Arsenal...

Para el que esté interesado, aquí está el Video de la Jornada de la TerBi: Mariano Villarreal presenta "Mariposas del Oeste" y otras novedades <http://youtu.be/GRoytT3Txql>

A continuación **Espiral Ciencia Ficción editorial**, de la mano de Juanjo Aroz nos presentó su último lanzamiento, la novela **Vuelta a la Tierra** del autor

Félix Díaz, el cual tuvo la gentileza de desplazarse de su residencia habitual en Tenerife hasta Bilbao para realizar la presentación de su libro.

Aquí el Video de la Jornada de la TerBi con Felix Díaz presentando "Vuelta a la Tierra", editado y publicado por Espiral CF <https://youtu.be/zP3o8yBa1J8>

Y después le toca el turno a... **El V Premio de Relato temático TerBi**, que a juzgar por el gran número de participantes, se ha consolidado como uno de los concursos importantes de la ciencia-ficción española. El tema elegido para este año era "**El mundo envejecido**" y el ganador resultó ser Pedro Pablo de Andrés con el relato **Edén Ranch**.

Y como brillante cierre de la Jornada, recibimos la visita de José Joaquín Ramos editor de Alfa Eridani, bien acompañado de Blanca Mart, autora de **A la sombra de Mercurio**, último libro de esta editorial. José Joaquín y Blanca Mart nos hicieron un detallado resumen del mundo donde desarrollan esta y otras de sus novelas.

La entrega del V Premio TerBi de relato y las novedades Alfa Eridiani se pueden ver en <https://www.youtube.com/watch?v=e5BOCdmF46o>

Fallo del V Premio TerBi de Relato Temático 2015 -“Mundo envejecido”

En Bilbao, día 9 de Mayo del año 2015, delibera el JURADO encargado de otorgar el "V PREMIO TerBi 2015 de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror" con el TEMA: **“Mundo Envejecido”**.

Tras amplia deliberación y análisis de los trabajos presentados, el Jurado, por unanimidad adopta el siguiente acuerdo:

Conceder el V PREMIO TerBi 2015, dotado con un trofeo conmemorativo, obra de Ángel Rodríguez sobre un diseño de Ricardo Manzanaro, al trabajo presentado con el título **“Eden Ranch”** recibido bajo el seudónimo de **“Ribbs”**. Una vez abierta la plica, resulta ser su autor **Pedro Pablo de Andrés Correas** (Bilbao).

Asimismo, declarar como finalistas, y por tanto publicables, a **El gran crucero** de *Abel Amutxategi Ortega*, **Extensor** de *Christian Klein*, **Fluido Vital** de *Isaac Correa*, **La cola de lagartija** de *Ferrán Varela Navarro* y **Morituri te salutant!** de *Vicente Hernández López*.

El jurado da las gracias a todos los participantes, y desde aquí invita a aquellos que lo deseen a presentarse a la próxima edición del Premio, cuyas bases se harán públicas después del verano.

Eden Ranch

Pedro Pablo de Andrés Correas

El jinete se acercó al vallado con la montura a paso sostenido. Dos esqueletos calcinados al sol jalonaban la entrada en posturas poco naturales. Había visto demasiados montajes como para creerse todo lo que veía, pero no perdía nada por ser precavido de nuevo. La espera no fue larga; no había llegado a desmontar, cuando escuchó el familiar sonido de un rifle Winchester amartillado.

—Las manos lejos del revólver, forastero. —La voz de la mujer a su espalda sonaba un tanto cascada. Aunque se girase, tendría el sol en la cara y, además, no sería capaz de igualar la rapidez con la que podía dejarlo seco en el sitio, antes aun de desenfundar.

—Me estaba esperando, señorita...

—Señora Appletree. Hace un par de horas vi el polvo que levanta su penco. Debe ser usted demasiado listo, porque no me creo que haya llegado a viejo con tamaña falta de seso.

—Yo prefiero llamarlo muestra de buena fe, señora Appletree. Adam Ribs a su servicio —contestó el jinete, tocando el ala de su sombrero polvoriento.

—Baje del caballo con los brazos en alto y no se gire o será historia. Si gastado esqueleto aguanta el salto, tal vez pueda considerar eso como muestra de buena voluntad.

Adam obedeció sin rechistar y aguardó con paciencia a que la señora Appletree se acercara por la espalda y extrajera su revólver de la funda.

—Ahora puede darse la vuelta. ¿Segunda Generación?

Adam se lo pensó un rato antes de contestar, aunque no dejó de mirarla a los ojos. Los tenía de un marrón cercano al verde, rodeados de arrugas de sol

y décadas de trabajo al aire libre, y anidaba en ellos una vida que hacía tiempo que no veía.

—No esperaba encontrarme con una joven tan bonita —aventuró Adam.

—No conseguirá nada siendo zalamero conmigo, señor Ribs. Asumiré que es usted un Tercera.

—No le mentaré, señora. Soy un Primera Generación aquí donde me ve, para bien o para mal —contestó Adam y escupió al suelo una bola de saliva oscura.

—Por todos los diablos..., ¿es eso tabaco?

—Conocí a un tipo en Louisiana que curaba hojas en su casa. Ya me queda poco en la bolsa y no creo que siga allí cuando regrese.

—Mataría por volver a mascar un poco, es usted un inconsciente. Compártalo conmigo y mi agua será suya en la antigua casa familiar.

Tocó a Adam el turno de sorprenderse: —¿Familia?

—Venga, se la enseñaré —lo invitó ella.

Entraron en el rancho Edén renqueando a la par, en silencio, saboreando un poco de buen tabaco de Louisiana. Adam llevaba a su montura de las riendas.

—¿Mató usted a esos de la puerta? —preguntó, señalando a su espalda sin volverse.

—A los dos.

—Dígame por qué no hizo lo mismo conmigo.

—No me mintió...; una mujer sabe esas cosas —dijo ella y lanzó un escupitajo de tabaco bien dirigido.

El rancho no se diferenciaba gran cosa de otras fincas que había visto Adam por todo el territorio de lo que había sido el sur de los Estados Unidos: una meseta desértica poblada de cactáceas y espinos que raleaban un pasto tan insuficiente como arenoso.

—Lleva usted un buen fardo, señor Ribs, si me permite la indiscreción —comentó la señora Appletree palmeando la grupa a su montura.

—No hay preguntas indiscretas, solo las respuestas

pueden llegar a serlo.

–Oscar Wilde...

–Señora Appletree es usted una caja de sorpresas.

–Tengo una buena biblioteca.

–Presiento que este es el comienzo de una gran amistad. –Y Adam demostró que era capaz de escupir tabaco a través de una sonrisa.

La colina dominaba el valle hacia el norte. Había cinco vetustas sepulturas alineadas bajo un árbol de copa ancha. Todos los nombres estaban formados por una inicial seguida del apellido Appletree. Adam no quiso indagar por no reavivar recuerdos dolorosos en potencia.

–Gracias –dijo.

–¿Por qué me da las gracias?

–Por mostrarme a su familia. Es un paraje incomparable, señora.

Permanecieron en silencio todavía un rato antes de encaminarse al grupo de edificios que formaba el núcleo del rancho.

–¿Va a decirme qué busca en mi propiedad un vagabundo como usted? Dudo mucho que sea tan solo la ducha que necesita.

Adam ignoró el sarcasmo.

–Inicié mi peregrinación hace años. Las razones de mi búsqueda son diversas, aunque por el momento me conformaría con poder usar algo de su electricidad

–dijo Adam señalando el aerogenerador—. En cuanto se muevan las aspas de nuevo, por supuesto.

–Con gusto se lo permitiría pero, como ya ha observado, no está en funcionamiento. Lo he inspeccionado tanto como me ha sido posible y no he encontrado el fallo. Me temo que el problema ha de estar en la parte superior y, a nuestra edad, ni usted

ni yo estamos en condiciones de subir hasta allí, aunque no sea nada grave. Ya me he habituado a no tener energía en casa y no me ha ido tan mal.

—Permítame intentarlo como muestra de mi agradecimiento por su hospitalidad.

—Por la Gran Soledad, si todavía ni hemos entrado en la casa, ni le he ofrecido nada de beber.

—Debo insistir...

—Tabaco de mascar y ahora reparaciones de urgencia. Estoy tentada de pedirle que se case conmigo.

Adam rió con ganas. Era agradable tener la ocasión de volver a hacerlo.

—Tenga cuidado, señora Appletree, podría llegar a aceptar su proposición.

Ella reía aún mientras Adam subía por la escalerilla, no sin cierta dificultad. Desde lo alto, pudo escuchar el silbido de admiración que le dedicó desde abajo.

—Tenía usted razón. El problema era leve, una vez arriba —dijo Adam nada más regresar. Caminaba y se sacudía el polvo de la ropa al mismo tiempo. Ella lo contemplaba sentada en el porche de la casa, desde donde había decidido esperar su vuelta. Había luz en el interior y se escuchaba música ligera. La señora Appletree no había perdido el tiempo durante la escalada.

La cena fue agradable, con ese toque casero que los años dan a la buena cocina. Apenas hablaron mientras comían, era preferible saborear los platos mientras se miraban a los ojos, sin prisa. Ribs se limpió los labios con el pico de la servilleta y después se palmeó el estómago.

—Excelente, señora Appletree. Es usted una gran cocinera.

—Lo mismo decía mi Edward. Nos conocimos en Times Square, el día del primer Jubileo, ¿sabe?

—Caramba, qué casualidad. Yo también estaba aquel día en Nueva York. Quién sabe si bailamos desnudos bajo las estrellas para celebrar el elixir de la eterna juventud.

—Me temo que no, señor Ribs. Desde que puse mis ojos en Edward no existió otro hombre sobre la Tierra para mí. Hasta... He estado muy sola. Los chicos se fueron y... —Se levantó para ocultar el rostro y se dirigió al aparador, de donde sacó una botella sin etiqueta—. Es mi turno de ofrecerle una rareza, caballero. Esto es buen whisky de Tennessee. Apuesto a que no ha probado algo igual desde hace un siglo o más.

Adam asintió y se relamió con anticipación. El licor había envejecido bien y llenó las venas de ambos de vigor y alegría.

—¿Me concede este baile, señora?

—Señor Ribs, hace doscientos cincuenta años le hubiera dado un buen revolcón, pero, para mi desdicha, ya no estoy para esos trotes —comentó con un nuevo descaro.

Adam sonrió a escondidas, aferrado aún a la cintura de la señora Appletree al compás de la balada.

—¿Y si le digo que es otra de las razones por las que he venido hasta aquí?

—Veamos si lo he entendido. Necesita usted ADN de una mujer de Primera Generación, probadamente fértil y con acceso a electricidad para recargar las baterías de su criogenizador portátil y mantener así las muestras durante el viaje de regreso a un laboratorio en el que procesarlas. ¿Quiere usted crear un clon de mí? Si que sabe conquistar a una chica. —Coqueteó con tono jocosos, aunque sus ojos chispeaban—. ¿Por qué yo, si puedo preguntar? Debe haber muchas otras

candidatas en potencia.

La alegría de Adam se disolvió en la sombra de sus ojos ante la pregunta.

—Se sorprendería al saber cuál es la situación ahí fuera. Entiendo que no sale mucho del rancho Edén.

La señora Appletree se mordió el labio y se quedó mirando al techo.

—Casi un siglo desde la última vez, a decir verdad.

—No puedo afirmarlo, no dispongo de datos estadísticos fiables, pero por lo que he podido observar en mis viajes, toda la población, y en especial la femenina, ha decrecido de forma dramática. Nos extinguimos, señora Appletree... y no tengo motivos para pensar que sea diferente en el resto del mundo. Para mi proyecto no sirven Segundas o Terceras, debido a su infertilidad adquirida, y hace décadas, se lo aseguro, que no veía a una auténtica mujer de Primera.

Ella jugueteó con el vaso un rato antes de continuar la conversación.

—Gracias por el piropo —bromeó sin ganas. Seguía pensando a toda velocidad—. Supongamos que logra madurar un clon que no adolece de la misma infecundidad tras la mutación. Ya nuestra generación, la Primera, encontró ese problema, por no hablar de las otras dos... —No esperó confirmación de Adam sobre sus teorías; continuaba elaborando conjeturas—. Asumo que es usted uno de los últimos genetistas que no se ha pegado un tiro o bien que ha dedicado buena parte del exceso de tiempo a recuperar los conocimientos que nuestra generación tenía antes del Aislamiento.

Adam asintió, no andaba desencaminada, pese a todo. Comenzó a desempaquetar su equipaje. No era vestuario, sino equipo de laboratorio.

—El caso es, señora Appletree, que el clon y sus descendientes, espero, serían de nuevo mortales. Puedo

hacerlo..., lo sé. Calculo que en un par de generaciones, los humanos podrían multiplicarse por sí mismos, reasumir su papel en la evolución y proscribir la Inmortalidad. No lo tendrán fácil. Deberán enfrentarse a los supervivientes y a su propia mortandad. —Adam se puso en pie y caminó en círculos—. Por todos los demonios, ni siquiera sé si el proyecto es factible, pero no me quedaré de brazos cruzados. Si hay una sola oportunidad...

—Un nuevo comienzo... —dijo ella, pensando en voz alta—. Sigo sin saber cómo lograría fecundar a mi clon, señor Ribs y le ruego se abstenga de explicaciones mordaces que, en mi caso al menos, están de sobra.

—He de confesarle algunas cosas, señora Appletree, pero antes necesito usar su cuarto de baño.

—Vaya, veo que me dejará con el suspense un rato más. Todo un cuentista, sí señor. Al fondo a la derecha —dijo señalando el pasillo. Al ver lo que Adam llevaba en la mano, añadió—: por favor, utilice el inodoro; no necesita llevarse una de sus probetas.

Era un comentario divertido y le quitó algo de la cohibición que sentía. También ayudó el hecho de que ella se quedara riendo su propio chiste. Adam regresó al cabo de un rato y estuvo trasteando con una placa de muestras bajo la mirada inquisitiva de la señora Appletree.

—Que me aspen —dijo ella después de mirar por el microscopio—. Una dama no debería nunca tener que decir su edad, pero si no recuerdo mal los tiempos del Instituto, eso que se mueve en el visor son..., ¡espermatozoides vivos! ¿Cómo diablos...?

Por toda respuesta, Adam se deshizo de la peluca que llevaba, así como de la máscara invisible que ocultaba su verdadero rostro, el de un hombre de unos cuarenta años, en la flor de la vida. A la señora Appletree le temblaba la mejilla y trató de esconderlo

poniendo la palma de la mano delante de su boca. Cuando se hubo recuperado algo de la impresión, volvió a sentarse y cruzó las piernas.

—Y tuvo el atrevimiento de decir que yo era un cúmulo de sorpresas... Es usted un presuntuoso absoluto si cree que puede repoblar todo un planeta usted solo, si le digo la verdad.

Adam torció la boca en un gesto pícaro que escondía la verdad. Su verdad: que se había pasado dos siglos ocultando su inmunidad a los efectos secundarios del suero de la inmortalidad que los laboratorios Semper habían distribuido, con beneficios monstruosos, por todo el planeta. Para cuando toda la llamada Primera Generación alcanzó la senectud definitiva sobre los trescientos años, ya se sabía que no había vuelta atrás y que era ancianidad perenne para todos. Para todos, menos para uno: Adam Ribs.

—Tuve que esconderme durante casi doscientos años. Si alguien hubiera descubierto entonces mi juventud aparente, habría acabado en la mesa de disecciones en un intento de revertir el proceso. O colgado de una horca o quemado en una hoguera...

—Sigue teniendo ese miedo, por lo que parece —comentó la señora Appletree.

—No queda nadie con ese interés ya, me temo, pero siempre se despiertan envidias peligrosas.

—Créame si le digo que puedo entender eso, pero no tenga miedo de mí. No soy vengativa —dijo ella mientras iba de aquí para allá atrancando puertas y ventanas.

—¿Se puede saber qué hace, señora Appletree? Es un poco pronto para buscar intimidad...

Ella le devolvió la pulla:

—Cerrar toda la casa, señor Repoblador-de-las-narices. Me voy de viaje con usted, esto no me lo pierdo por nada del mundo.

Adam enarcó una ceja al principio, pero pronto se dio cuenta de que la compañía de la mujer le agradaba más de lo que estaba dispuesto a aceptar. A fin de cuentas, sería un viaje entretenido, para variar.

—¿Llevará su rifle?

—Por supuesto. Ah, por cierto, puede llamarme Eve.

Pedro P. de Andrés (Bilbao 1967). Licenciado en Derecho, dedica gran parte de su tiempo libre a la escritura. Desde sus comienzos en el Taller de Escritura Alfa, es autor de relatos y microcuentos, mientras se dedica a su blog, “Desde mi rama” (<http://ultralas.blogspot.com.es>). Colaborador asiduo de la red social Netwriters y del Taller Literario Terbi y miembro de la Asociación Escritores en Red y de la denominada Generación Subway.

Publicaciones:

—Relato «D.Mónica», finalista en el Certamen «Cuentos para una ciudad en fiestas» y publicado en la antología de Relatos del Primer Certamen Internacional Aste Nagusia de Bilbao 2013 del mismo título.

—Segundo premio en el Certamen Planeta de Agostini de Relato Corto 2013 con el relato «Resistencia», publicado en la antología «Relatos escogidos».

—Microrrelato «La Lola del puerto». Finalista en el Concurso de Microcuentos J.M. Peláez. Zafra 2014.

—Relato «Justicia Festiva». Accésit Mejor Relato Negro en el Certamen «Historias de una ciudad en fiestas» y publicado en la antología de Relatos del mismo título.

—Relato «Ídolo de barro» en la antología Generación Subway, Cuentos Vol. I (Diciembre 2014), Editorial Playa de Ákaba.

—«El libro de las historias fingidas». Narrativa. Ediciones Atlantis. Marzo 2015.

- Ganador del V Certamen de Relato Temático de la TerBi con el relato «Eden Ranch», mayo 2015.
- «Saltadora de sueños». Editorial Valinor. 2015.
- «La balada de Brazodemar», Ediciones Cívicas 2015.

El gran crucero

Abel Amutxategi

I

Sobre las paredes del dormitorio de Benito se proyectó la imagen de un idílico amanecer. El sol se elevaba tras unas colinas de un verde intenso, mientras los pájaros abandonaban la seguridad de sus nidos para disfrutar de los primeros rayos de la mañana. Los habitantes de Nuevo Bilbao llevaban tanto tiempo sin ver la luz natural, que ninguno de ellos reparaba en que la secuencia se reproducía a una velocidad ligeramente mayor de la apropiada.

Benito se estiró en su cama tubular y presionó el botón azul que la hacía salir de su nicho.

—Buenos días, cariño —saludó.

La cama de Alina se deslizó también fuera de su nicho y dio comienzo un nuevo día.

—Vamos con ese baño —dijo Benito, dándose ánimos para enfrentarse a la mañana.

Alina se desperezó con una sonrisa en los labios, como si estuviera terminando de salir de una experiencia maravillosa, y siguió a Benito con la mirada hasta que la puerta del baño se cerró tras él. Allí lo recibió una cálida ducha de vapor que eliminó todas las células muertas de su piel, y que ayudó a que el tejido regenerado por los nanobots a lo largo de la noche pudiera salir a la luz.

— *La limpieza ha terminado* —dijo una voz salida de ninguna parte—. *El desayuno le está esperando en la cocina* .

Benito pasó del baño a la cabina de vestido y contempló su cuerpo estropeado en lo que esperaba que la máquina cumpliera con su cometido. Repasó las manchas de sus manos y el modo en el que su flácido

pene le caía bajo los pliegues del estómago. Por suerte, el sistema no tardó en detectar su presencia y la desnudez de Benito quedó oculta bajo el uniforme de Empresas Nile.

La puerta de la cabina de vestido se abrió, granjeándole a Benito el acceso a una pequeña cocina.

– *Espero que disfrute del desayuno que le he preparado* –dijo la misma voz.

Cada una de las celdas de la torre–panal que Nile había construido para sus empleados contaba con una voz diferente. Los efectos psicológicos de su timbre habían sido medidos al detalle para que todo se adecuara a las necesidades de cada inquilino. En el caso de Alina y Benito, la voz era la de un varón de edad media. Hablaba de forma pausada, con un tono grave que transmitía una firme serenidad.

A pesar de todos los años que llevaba viviendo en aquel lugar, Benito no terminaba de acostumbrarse a la presencia de aquella voz. Así que miró a su alrededor y confirmó que estuviera solo antes de dejar salir esa palabra que tanto le quemaba en el paladar.

–Gracias...

La puerta de la cabina de vestido se abrió y Alina entró en la cocina a paso vivo, embutida en el uniforme de Escuelas Lámbison.

–¿Qué tenemos para desayunar? –preguntó con voz cantarina.

–Huevos revueltos y salchichas.

Alina entrecerró los ojos para apurar el cálido aroma que desprendían los platos.

–Roberto cocina cada vez mejor –dijo.

–¿No se te hace raro llamarlo de esa forma?

–Vamos, cariño... ¡No es más que un nombre!
¿Prefieres que me refiera a él como la-voz-robótica-de-nuestra-celda?

Benito chasqueó la lengua y aceptó su derrota.

—¡Anímate! —Alina le dio un beso en la mejilla a Benito—. Antes de que te des cuenta, estaremos a bordo del Gran Crucero Interestelar.

—Será divertido —aceptó Benito.

—Más que eso: será como una nueva luna de miel. Y en la primera no lo pasamos nada mal...

Benito bajó la mirada nervioso y sonrió ante el comentario de Alina.

—Susaeta me envidiará —dijo.

Alina le dio un puñetazo en el hombro. No fue un mal golpe para una mujer de ochenta y cinco años, pero un observador imparcial lo hubiera calificado como poco más que una caricia un tanto brusca.

—¡Entiéndelo! Nos restregó durante meses que él iba a partir en un Gran Crucero y nosotros no. ¿Pues sabes quién va a embarcarse en el Crucero de pasado mañana? Nosotros, Susaeta. ¡Nosotros!

El puño de Alina machacó de nuevo el hombro de Benito, esta vez con una energía redoblada.

—¿Se puede saber qué he dicho ahora?!

—Sabes que Susaeta debería envidiarte por algo más —sonrió ella.

Aunque las cosas no fueran ya como setenta años atrás, Benito recordó la suerte que tenía de poder seguir compartiendo su vida con una mujer como Alina.

—Lo sé, cariño —dijo—. Lo sé.

Y, después de otro beso fugaz, ambos partieron hacia los tubos transportadores que los llevarían a sus respectivos trabajos.

II

—¡Viva la madre que te parió, Benito! —gritó Gonzaga.

—¡Torero! —Etxeita.

—Torero no, hombre...

—¡Gudari! —corrigió.

Los directivos de Nile tenían la costumbre de entregar

a los empleados que cumplían 50 años de trabajo en la empresa un Premio de Fidelidad consistente en un Gran Crucero Interestelar. Los vítores de Gonzaga y Etxeita le recordaron a Benito lo poco que le faltaba para hacerse acreedor de su premio. Tres días de trabajo más, y estaría con Alina a bordo del Hawking VI.

El tubo transportador dejó a Benito en el piso 146 de la Torre Nile, cerca del almacén en el que trabajaba supervisando los envíos.

Nile era la mayor empresa comercializadora de artículos para el ocio de todo Nuevo Bilbao y de buena parte de la galaxia. Los clientes podían hacer sus pedidos desde la comodidad de las paredes–pantalla de sus celdas. Una cumplida flota de drones entregaría los paquetes a sus respectivos destinatarios a lo largo de las siguientes veinticuatro horas se hallaran donde se hallaran, localizándolos gracias a la huella biológica que el Ministerio de Seguridad y Salud tenía registrada para ellos.

La empresa había alcanzado el éxito gracias al uso de la más puntera de las tecnologías –no había lugar al que los drones de Nile no pudieran llegar–, pero si algo diferenciaba a Nile del resto de sus competidores era el seguir basando parte de su buen hacer en el trabajo artesanal.

Ahí es donde entraba en juego Benito, como encargado de cotejar la información grabada en los drones con la registrada en el Sistema de Compra. Si todo estaba bien, Benito acomodaba el paquete de turno dentro del compartimento de carga del dron, y le pegaba al avión un chip a radiofrecuencia con el que quedaba listo para ser llevado hasta la Terminal de Salidas. Si detectaba algún error, en cambio, no le quedaba más alternativa que apartar el dron y reprogramarlo de forma manual.

No era un trabajo difícil pero sí que exigía un alto nivel de concentración.

Benito estaba procesando uno de los primeros pedidos de la mañana, cuando alguien llamó a la puerta del almacén.

—Estoy ocupado —gritó.

La llamada se repitió. En el mismo tono educado, pero mostrando a las claras que el llamante no estaba dispuesto a rendirse tan pronto.

La respuesta de Benito fue un tenso silencio con el que podría haber llenado varios de aquellos drones...

...y al que respondió una sonora carraspera desde el otro lado de la puerta.

—¡A la mierda!

Benito abrió la puerta con visible mal humor. Al otro lado lo esperaba un joven que apenas habría entrado en la cincuentena y que sostenía entre sus manos una visera con el logo de Nile.

—Buenos días, señor Intxausti. Déjeme que me presente...

—No tengo tiempo para formalidades. ¿Ves esa hilera de cajas del fondo? No son más que algunos de los pedidos que tengo que procesar hoy. Los objetivos no se van a cumplir solos. Desembucha.

El joven se caló la visera y sacó algo de uno de los bolsillos de sus pantalones. Era un pergamino digital en el que pronto se dibujó el rostro de Martín Gorroncho, gerente y coordinador de Nile en la región de Nuevo Bilbao.

— *Le presento a Sotil Urioz —, dijo—. Será su nuevo becario y espero que le sepa formar debidamente para que pueda servir a la empresa tan bien como usted lo ha sabido hacer hasta ahora. ¡Cuídelo bien! Descargo sobre usted una gran responsabilidad. La responsabilidad de la supervivencia de la familia Nile.*

Y el ojo izquierdo de aquel Martín Gorroncho digital se cerró en un guiño de pretendida complicidad, pero que a Benito le recordó más bien a los avisos de la mafia calabresa.

Sotil Urioz se cuadró ante Benito e infló pecho a la espera de órdenes.

« *¿Tan bien como lo ha sabido hacer hasta ahora?* »

¿Qué demonios había querido decir Gorroncho con eso?

—Acompáñame, Urioz.

—Puede llamarme Sotil, señor Intxausti. Llevo años siendo cliente de Nile... de hecho es raro el día en el que no compro alguna de sus ofertas —sonrió—. Siempre he soñado con trabajar aquí.

Benito cortó de cuajo la cháchara del becario.

—El trabajo aquí es simple, Urioz: sólo hay que encargarse de que las máquinas no hayan cometido ningún error y asegurarse de que cada dron lleva el paquete correcto a cada destinatario.

—¿Qué técnica de cotejo es la que utilizan? —preguntó Urioz.

A falta de una opción mejor, Benito guardó un silencio expectante.

—En la Escuela Superior de Administración Logística nos hablaron de las técnicas de Grant y Louis.

Lo que le faltaba: un universitario.

—Normalmente basta con leer el registro del dron y compararlo con la información de la base de datos.

Ahora fue Sotil quien permaneció a la espera, mientras su iniciativa se batía en silencio contra sus ganas de ser aceptado en aquel departamento... y perdía.

—Ponte detrás de la cinta rodante y ve abriendo la tapa lateral de los drones según van pasando ante ti —ordenó Benito—. Así terminaremos antes.

Controlando el avance de la cinta con la palanca que había en su puesto, Benito detuvo un dron frente a Sotil. El becario se dio un segundo para confirmar su

marca y modelo, y pulsó con mano experta las pestañas que mantenían cerrada su tapa lateral.

—Muy bien...

Benito hizo avanzar un nuevo dron y observó a Sotil manipularlo tan bien como si llevara años trabajando con ese tipo de máquinas. Luego hizo una búsqueda rápida en la base de datos y enfrentó a Sotil a uno de los modelos más antiguos, sólo para ver cómo éste le quitaba el seguro con una insultante economía de movimientos.

—Supongo que estás listo para empezar a trabajar en serio —masculló.

Posicionó la palanca de velocidad en *Andante*, y la cinta echó a rodar.

Mientras el becario abría un dron, Benito comprobaba el estado del anterior y almacenaba el paquete adecuado en su compartimento de carga. Los dedos de Sotil se movían ágiles, apretando lengüetas y pulsando interruptores sin cesar.

Cuando Benito subió la velocidad a *Moderato*, una primera gota de sudor bajó por la frente del becario. Benito sonrió. Aún se veía con tiempo de sobra para cotejar la información de envío y cargar los drones, así que no le tembló el pulso a la hora de acelerar hasta *Molto Vivace*.

Los dedos de Sotil se engancharon en la lengüeta de un viejo ZX-20 Chesterton y detuvieron su avance. El avión quedó atravesado en la cinta, obstaculizando el paso a los drones que lo seguían. Pronto se formó un atasco descomunal. Benito se abalanzó sobre el becario y trató de minimizar el daño sufrido por los drones que ya caían rebosando más allá de los límites de la cinta, pero no tenía manos suficientes. El chasquido del metal contra el hormigón convivía con el mosconeo de la cinta rodante y los juramentos de Benito, haciendo sonar los compases de una sinfonía de destrucción que

desembocó en el timbre de una sirena.

« ¡Cinta número seis inutilizada! ¡Cinta número seis inutilizada!», gritó una voz metálica.

Por primera vez en años, Benito no iba a cumplir con su objetivo diario.

III

—Tenías que haber visto a los niños, cariño. ¡Estaban como locos por la visita de sus padres! Y es que es normal... ¡Era la primera vez que los veían!

Mientras revolvía en silencio la menestra que les había preparado su mayordomo cibernético —perdón: Eduardo—, Benito escuchaba el parloteo de Alina. No se acostumbraba a que su mujer hablara de aquel modo sobre las células cuya reproducción iba supervisando sobre las placas de Petri que llenaban su laboratorio. Su trabajo dentro de Escuelas Lámbison consistía en sustituir los genes que no se desarrollaban satisfactoriamente por otros más acordes con los deseos de los padres. La educación *in vitro* había ido sustituyendo paulatinamente a las escuelas clásicas, y Escuelas Lámbison era una de las empresas más pujantes del sector.

Alina reparó al fin en el silencio de Benito.

—¿Un mal día? —preguntó.

Benito intentó clavar el tenedor en una col de Bruselas, pero ésta escapó rodando sobre el plato. Lo intentó una vez más. Y otra. Y aún una última vez antes de darse por vencido.

—Ha llegado un becario.

—Oh...

No había nada que hacer. Si lo único que podía decir Alina era eso, estaba claro que Benito no tenía posible salvación.

—Tal vez lo recolocuen en otro departamento. ¿No

recolocaron a Susaeta cuando volvió de su Gran Crucero?

Eso era cierto, al menos en lo tocante a la información que tenía Benito. Según informaba el correo electrónico que recibieron todos los antiguos compañeros de Susaeta, éste abandonaría el almacén a la vuelta de su crucero para dedicarse a trabajos de gestión de bajo nivel. Por suerte, sus caminos no se habían cruzado desde entonces. Benito no hubiera soportado oír de labios de Susaeta todas las maravillas que había visto en su viaje.

—Este caso es diferente. Gorrioncho me ha pedido que le enseñe al becario a servir a la empresa « *tan bien como yo lo he sabido hacer hasta ahora* ».

—Oh...

—Eso creo que ya lo has dicho.

Benito no estuvo seguro de haber pronunciado aquellas últimas palabras en voz alta, pero al menos se dibujaron con claridad en su cabeza.

—No pueden despedirte cuando te faltan dos días para recibir tu Premio de Fidelidad, cariño.

—Justo por eso pueden hacerlo. ¿No sabes que estos cabrones harían cualquier cosa por ahorrar un poco de dinero?

—Sabes que ese becario nunca podrá trabajar tan bien como tú.

—Es un universitario. De la Escuela Superior de Administración Logística.

—Oh...

—Exacto.

Alina miró con tristeza a la solitaria col de Bruselas que había en el plato de Benito y la atravesó con su tenedor de una certera estocada.

—No te preocupes, cariño —dijo—. Ya verás cómo al final no es nada.

Terminada la frugal cena, Alina se levantó y apoyó una

mano en el hombro de Benito.

—¿Vienes a la cama? —le preguntó.

—Ve adelantándote, ahora mismo voy.

Alina tomó una de las dos cápsulas azules que descansaban en el extremo de la encimera y se ayudó del líquido translúcido que había junto a ella para tragarla.

Antes de abandonar la cocina y desaparecer dentro del dormitorio, Alina todavía se detuvo en el umbral de la puerta y se volvió hacia Benito.

—Buenas noches —dijo.

La secuencia que seguía Benito a la hora de acostarse era siempre la misma: exoneraba sus esfínteres de los residuos que habían ido acumulando a lo largo del día, se lavaba los dientes mientras repasaba las imperfecciones que los nanobots no habían logrado borrar de su rostro, y volvía a comprobar si quedaba algún tipo de deshecho en su vejiga antes de tomar la cápsula que lo aguardaba en la encimera de la cocina. Las cápsulas aparecían allí cada noche. De un modo tan insoslayable, que Alina y Benito se habían acostumbrado a ellas con la misma falta de atención con la que uno se acostumbra a la verdades absolutas.

El plástico de la cápsula escondía un nanobot inteligente con una única misión: reparar todas las estructuras que la actividad de su anfitrión hubiera dañado a lo largo de las últimas 24 horas.

No hacía milagros, no era capaz de reensamblar extremidades ni de fabricar órganos completos, pero ayudaba a que los jóvenes terminaran por convertirse en ancianos, y a que esos ancianos mantuvieran la condición física necesaria para saldar la deuda que habían contraído con la sociedad al valerse de todos sus recursos durante tanto tiempo.

Los nanobots reparaban los músculos dañados, las

neuronas deterioradas, e incluso los recuerdos que habían empezado ya a desvanecerse.

Eso hacía que a Benito le resultara más fácil recordar cómo era el rostro de Alina en la época en la que se conocieron, que lo que llevaba puesto aquella noche.

Porque... ¿qué era?

¿Llevaba aún el uniforme de Escuelas Lámbison, o se había puesto ya el camisón beige con el que solía dormir?

No lograba recordarlo.

Rompió la cápsula empujado por la curiosidad y salió de su interior un diminuto robot. Apenas un óvalo de metal del que salían cinco tentáculos. El nanobot correteó por la palma de la mano de Benito en busca de alguna estructura que poder reparar. Pasó a la carrera sobre una de las manchas de su piel y luego pareció pensárselo mejor. El nanobot retrocedió, escaneó la mancha con un rayo azul y la quemó con uno de sus tentáculos.

La mancha desapareció.

Así que era de ese modo como sucedía.

Tanto tiempo conviviendo con ello, y era la primera vez que tenía la oportunidad de ver lo que ocurría en su cuerpo cada noche, cuando el líquido somnífero con el que el Ministerio de Seguridad y Salud acompañaba a los nanobots que distribuía entre los habitantes de Nuevo Bilbao apagaba sus sentidos.

Siguiendo un súbito impulso, Benito arrojó el nanobot por el inodoro y lo hizo desaparecer tubería abajo. Pronto desaparecería incinerado por el procesador de residuos que gestionaba los desechos allí vertidos. Se dirigió al dormitorio con intención de acostarse él también, pero no pudo evitar reparar en el gesto de Alina.

Parecía feliz. Llena de vida. Ilusionada.

En definitiva, parecía joven.

Imaginó al nanobot paseándose dentro de su cuerpo, como un amable invasor.

La mayoría de las reparaciones le solían pasar desapercibidas al anfitrión durmiente. Pero cuando las reparaciones del nanobot estimulaban el hipocampo, se desataban unos vívidos sueños enraizados en el pasado lejano.

Benito sabía muy bien lo que estaba soñando Alina. Estaba soñando con él. Con una versión joven de él que hacía tiempo que no existía.

Y no pudo soportarlo.

Corrió al baño y embutió su brazo inodoro abajo para tratar de recuperar el nanobot.

—¡Vuelve! —gritó—. ¡Eres mío! ¡Da media vuelta!

Cuando las lágrimas lo redujeron a una masa de carne tirada en el suelo de un cuarto de baño en el que apenas cabía, Benito se preguntó si era verdad lo que acababa de decir. ¿Realmente creía que aquel nanobot le pertenecía? ¿O era él quien le pertenecía en cuerpo y alma a aquel trozo de metal?

Al menos le quedada el líquido somnífero.

Eso ayudaría.

IV

Cuando Benito llegó al almacén, Sotil Urioz ya estaba parapetado tras los controles de la cinta rodante.

—He madrugado un poco para familiarizarme con la máquina —dijo—. Después del desastre de ayer, no he querido correr riesgos.

El becario bajó la mirada y sonrió en silencio, reproduciendo a la perfección la secuencia que el diccionario universal de gestos glosaba bajo el lema « *lo siento mucho, me he equivocado y no volverá a suceder* ».

Lo cierto era que Sotil había conseguido adelantar gran parte del trabajo de la jornada. Benito se estiró para

echar un vistazo a los drones ya cargados que despegarían en las próximas horas desde la Terminal de Salidas, y al hacerlo todos sus músculos protestaron por el esfuerzo extra que se les estaba exigiendo. Estaba empezando a echar en falta el trabajo de los nanobots. Sin toda aquella reparación nocturna, el cuerpo de Benito estaba haciendo lo que la naturaleza ordena hacer a todo cuerpo nonagenario de bien: decaer con tanta elegancia como las circunstancias permitan, hasta la extinción final.

¿Qué pensaría la empresa de su rebeldía de la noche anterior?

Al aceptar vivir en aquella celda de la torre–panal de Zorrozaurre, Benito había firmado un extenso pliego en el que se comprometía, entre otras muchas cosas, a cuidar de los bienes, tanto muebles como inmuebles, de la empresa. Y eso incluía someter a su propio cuerpo, como unidad de trabajo unitaria, a todas las revisiones y reparaciones recomendadas por el Ministerio de Seguridad y Salud.

Tendría que acordarse de consultarlo en el contrato.

En lo que hacía referencia a los objetivos del día, las cosas no iban nada mal. Benito tendría que encontrar algún modo de hacer pasar como suyo el trabajo del becario, eso sí, pero la desmedida proactividad de Urioz había supuesto un buen golpe de suerte. Le habían quedado tan pocas fuerzas tras el precario descanso de aquella noche, que nunca hubiera logrado cubrir los objetivos por sí solo.

Y sabía que la empresa nunca permitiría dos fracasos consecutivos.

« Señor Intxausti, acuda por favor a la sala de reuniones C6 ».

El mensaje propagado por el sistema de megafonía del almacén le congeló la sangre a Benito.

¿Tal vez la empresa no estuviera dispuesta a permitir

ni un solo fracaso?

No era la primera vez que Benito incumplía los objetivos diarios, pero sí que era la primera vez que lo hacía desde la aparición de Sotil.

Les acababa de poner su cuello en bandeja.

Los únicos muebles que había en la sala de reuniones eran una mesa oval y dos butacas de imitación de cuero. Benito se inquietó al constatar que en una de ellas estaba sentado el holograma del señor Gorroncho. —Siéntese, Intxausti —dijo el holograma, señalando la butaca que había al otro lado de la mesa—. El Ministerio de Seguridad y Salud ha enviado hasta aquí a uno de sus técnicos para investigar una posible incidencia. Espero que colabore con él en todo lo que le pida.

Ni buenos días, ni hasta luego.

Cuando el holograma del señor Gorroncho se desvaneció, su secretaria hizo entrar a una mujer vestida con un mono azul. Debía de tener alrededor de setenta años. Esa edad serena en la que los trabajadores han dejado ya de ser unos cincuentones recién llegados, pero en la que aún ven lejano el inicio de su declive profesional. La diferencia de edad le hizo sentir incómodo a Benito. Tanto como un perro apaleado humillando las orejas ante la puerta de su dueño en una fría noche lluviosa.

—« *Una-posible-incidencia, una-posible-incidencia* »

—dijo la mujer, parodiando a Gorroncho—. Tal vez esas palabras no hayan sido las más adecuadas, ¿no lo cree? Estamos aquí para intentar corregir un olvido. Para nada más. No es como si usted hubiera violado la legalidad con plena intención —la mujer clavó sus ojos en Benito como si fueran dos ascuas al rojo vivo—, ¿verdad?

Benito intentó tragar saliva, aunque su cuerpo parecía

no tener ganas de colaborar.

—Supongo que ya sabe por qué estoy aquí, pero se lo recordaré: anoche no recibimos ninguna señal de su nanobot y es mi deber asegurarme de que no haya habido ningún... *problema* .

La última palabra resonó en el aire como un heraldo poco halagüeño.

—Póngase cómodo en lo que lo preparo todo —dijo la mujer, abriendo el escueto maletín de metal que la había acompañado en su viaje.

Sentado aún en la silla hacia la que lo había dirigido la voz del señor Gorrioncho, Benito se sentía totalmente fuera de lugar. ¿Cómo se suponía que debería ponerse cómodo?

La incertidumbre de Benito no duró demasiado porque, antes de que se diera cuenta, la mujer ya le había rodeado los tobillos y las muñecas con unas gruesas ajorcas de hierro.

—Será sólo un segundo —dijo.

La funcionaria hizo girar una rueda y las ajorcas tiraron con fuerza del cuerpo de Benito hasta hacerlo flotar sobre la butaca en un remedo tecnológico del Hombre Vitruviano.

—¡Un momento! —protestó.

—Terminaremos antes de que se haya dado cuenta, no se preocupe.

Se abrieron unas pequeñas portezuelas en los aros de hierro que rodeaban las muñecas de Benito, y salieron de ellas dos cucarachas cibernéticas que reproducían el modelo natural con morbosa fidelidad. Benito las miró aterrado, fijando ahora sus ojos en una, aguzando la vista después para seguir el caminar de la segunda. Avanzaron ambas por los brazos de Benito hasta detenerse con gran precisión sobre sus sangradas.

—Ahora respire con normalidad, señor Intxausti.

Los ojillos de las cucarachas brillaron con una maligna

inteligencia y Benito sintió de pronto cómo una quemazón le recorría los brazos hasta terminar estallándole en el corazón. Trató de gritar con todas sus fuerzas, pero algo se le enredó en la garganta y convirtió su voz en poco más que un gorgoteo.

—Le dije que respirara con normalidad.

Las cucarachas inyectaron un ejército de diminutos robots dentro del cuerpo de Benito, usando la vena mediana como guía. Sentía cómo las patas de los invasores correteaban sobre sus órganos internos y cómo sus tentáculos punzaban y cortaban, cómo sajaban y quemaban hasta corregir toda medida fuera de patrón.

Luego sintió cómo la quemazón recorría su cuerpo en sentido inverso. Cuando las cucarachas terminaron de extraer las sondas que habían utilizado en la maniobra, Benito sintió una liberación. Una luminosa ceguera cubrió sus ojos y una brisa fresca le despertó los sentidos, devolviéndole sensaciones ya olvidadas.

Hasta que su cuerpo cayó al suelo como un peso muerto y el cemento le recordó lo dura que podía llegar a ser la realidad.

—La sesión ha terminado por hoy —dijo la funcionaria, devolviendo las ajorcas de hierro al interior de su maletín—. Soy consciente de que los olvidos son frecuentes en las personas de su edad. Pero *sepa* que las cosas no serán tan agradables la próxima vez que nos veamos.

V

—¡Ha sido humillante! ¿Sabes lo que es eso? ¿Sabes lo que es que te saquen de la oficina en pleno día y que tus compañeros te sigan con la mirada como si fueras el peor de los criminales? ¡¿Sabes *tú* lo que es eso?!

Benito lo sabía, pero no creyó que la pregunta de

Alina buscara ninguna respuesta concreta.

—Me han interrogado durante horas antes de explicarme el motivo por el que me estaban reteniendo. Lo primero de todo les dije que seguramente habrías olvidado tomar tu nanobot. Estoy segura de que es algo que le sucede a la gente de cuando en cuando. Por mucho que sea un reflejo automatizado ya para nosotros... tiene que suceder. Por fuerza. Y entonces fue cuando el funcionario del Ministerio de Seguridad y Salud sacó aquella bolsita de plástico de su maletín. En ella había una cápsula vacía y partida por la mitad. ¿Se puede saber en qué estabas pensando?! Les expliqué que lo más seguro era que la cápsula se hubiera abierto por accidente. Que llevamos años sirviendo al Cabildo de Nuevo Bilbao desde nuestros puestos de trabajo y que hasta ahora hemos tenido un historial intachable.

Benito escuchaba a Alina con ojos acuosos. Cruzados los brazos y hundidas las uñas en el antebrazo para contener unas lágrimas que lo habrían de convertir en el niño que, tal vez, jamás dejó de ser.

—Por mí puedes hacer lo que quieras —terminó Alina—. Pero si quieres destrozarte la vida, por favor, no cuentes conmigo.

Aquella noche Benito durmió con total placidez, mientras las estructuras que el cansancio había destrozado eran reparadas por un laborioso nanobot y su mente soñaba con una Alina que, al igual que le sucedía al joven Benito, ya no habría de volver jamás.

VI

Benito no tenía ánimo para escuchar las flores de Gonzaga y Etxeita. Pero si llevaban semanas recibéndolo con su ruidosa cantinela, no creía que nada fuera a ser diferente aquella mañana. Cuando terminara la jornada laboral, Benito se haría al fin

merecedor de su Premio de Fidelidad: el Gran Crucero Interestelar con el que la dirección de Nile agradecía su trabajo a los empleados que cumplían cincuenta años al servicio de la empresa.

Cada vez era más difícil cumplir con aquel sueño. La esperanza de vida era tan alta y los nacimientos tan escasos, que uno difícilmente podía convertirse en un becario solvente antes de haber cumplido los cincuenta. Y las empresas como Nile –las empresas *de verdad*, en definitiva– jamás contratarían a alguien que no hubiera demostrado antes su valía en un puesto de becario no remunerado.

Había demasiada oferta de mano de obra como para esperar que las empresas actuaran de otro modo.

El silencio que inundaba el pasillo tomó por sorpresa a Benito. ¿Dónde se habían metido todos? Lo primero que hizo fue comprobar la hora en el Dispositivo Medidor de Tiempo de su traje corporativo. Era cierto que su viaje a través del tubo había sido especialmente placentero aquella mañana, corto y fluido, pero rara vez era el primero en llegar al almacén.

Abandonó el Punto de Recibimiento del piso 146 y atravesó el pasillo tratando de no hacer ruido. Volviendo su mirada a un lado y a otro, esforzándose por descubrir algún patrón revelador en los ruidos que llegaban hasta él apagados por los sistemas de insonorización que aislaban cada una de las secciones de la torre Nile del resto del edificio.

Estaba a tres pasos de la puerta del almacén, cuando llegó hasta sus oídos el leve murmullo de las palabras de Gonzaga.

–Hacía años que no veía algo así –dijo.

–El almacén ya no será lo mismo –respondió Etxeita.

Benito se relajó al momento y se reprendió por haberse asustado de aquella forma. Era verdad que los

últimos días habían sido bastante ajetreados y era normal que sus nervios estuvieran algo más a flor de piel que de costumbre, pero tenía que dar la talla. Aquel era un día especial. Su día. Y, como no podía ser de otro modo, estaba claro que Gonzaga y Etxeita habían madrugado para prepararle un recibimiento especial.

Esos dos tunantes...

Casi cerró los ojos al abrir la puerta del almacén, esperando oír un coral grito de «¡¡¡S-O-R-P-R-E-S-A!!!» y sintiendo ya el tacto del confeti sobre su piel. Pero lo único que oyó fue la voz de Gonzaga hablando otra vez.

—¿Y todo esto lo has conseguido sólo reprogramando los puertos periféricos del procesador?

—Es alucinante —apostilló Etxeita.

—Tampoco es para tanto —rió Sotil Urioz—. Lo único que he hecho ha sido aplicar las técnicas de grafos a la paquetería y sacar algo más de rendimiento a la base de datos. Ya que la teníamos, me daba pena usarla sólo para el trabajo de cotejo.

Gonzaga palmeó el hombro del todavía becario, y Etxeita volvió a redundar en su febril muestra de admiración.

—Lo que yo decía: alucinante.

Por lo visto, Sotil Urioz había encontrado el modo de optimizar el trabajo de los drones añadiendo una nueva capa al procesamiento de la información de los pedidos. El truco consistía en localizar previamente a todos los destinatarios y en programar a los drones de forma que pudieran atender en un mismo viaje los pedidos de los compradores que se encontraran en un cierto radio de alcance en el momento del reparto.

Un cambio mínimo que ahorraría a Nile no poco dinero.

—Esto hay que celebrarlo, Urioz —esta vez fue Etxeita

el que palmeó el hombro del becario—. Vamos a la cantina.

Benito carraspeó para hacerse notar.

—Intxausti... —Gonzaga se volvió hacia la fuente del carraspeo, con visible sorpresa—. ¿Quieres venir tú también?

—Tengo trabajo que hacer —dijo Benito, con voz seca.

—Entonces...

—Y mi becario también.

Gonzaga y Etxeita dudaron. Se miraron el uno al otro y miraron después de Sotil, esperando que alguien les dijera a quién tenían que obedecer. A un movimiento de la mano del becario, los dos hombres se encogieron de hombros y se dispersaron sin mayor lamento.

—Ahora, Urioz, quiero que me expliques en detalle en qué consiste tu... *innovación* .

VII

A pesar de que nadie había prohibido jamás el consumo de bebidas alcohólicas en la cantina de la torre Nile, eran pocos los trabajadores que se atrevían a pedir las. Sobre todo, eran pocos los trabajadores que seguían haciendo honor a ese nombre después de haberlas pedido.

Cuando Benito cerró tras de sí la puerta del local, Gonzaga y Etxeita estaban sentados a la barra, ocupando los dos taburetes del extremo más alejado del camarero.

—¿Y Urioz? —preguntó Gonzaga, cuando Benito tomó asiento a su lado.

—No ha podido venir —respondió éste.

Etxeita abrió la boca para decir algo, pero se arrepintió en el último instante. Al fin y al cabo, Urioz estaba a las órdenes de Intxausti y él no era nadie para cuestionarle su comportamiento.

No sabiendo demasiado bien qué hacer con aquella

boca que, al parecer, había abierto para nada, Etxeita dio un cumplido sorbo a su zumo de pomelo.

Benito buscó al camarero con la mirada y llamó su atención con una seña.

—Ponme un tinto —pidió—. Del de verdad.

VIII

Martín Gorroncho visitaba la torre Nile en contadas ocasiones. Normalmente le bastaba volcar sus órdenes en alguno de sus subordinados para que éstas se cumplieran. Pero cuando se trataba de dar buenas noticias y congraciarse con sus empleados, le encantaba acudir allí en persona para volver cubierto de parabienes. Y la entrega de un Premio de Fidelidad era una ocasión única para presentarse como un jefe preocupado por el bienestar de sus subordinados. Alguien que velaba no sólo por la salud de las cuentas de resultados de la empresa, sino que también por la salud espiritual de sus trabajadores.

En definitiva, alguien totalmente opuesto a lo que era Gorroncho en su día a día.

—¿Dónde se ha escondido, Intxausti? —gritó al aire un Gorroncho de artificialsonrisa, entrando en el almacén. Allí no había nadie. ¿Estarían todos celebrándolo en la cantina? El turno de día aún estaba dentro de su horario laboral, pero era sabido que los trabajadores aprovechaban la menor oportunidad para dejar su puesto de trabajo, aunque no fuera más que por unos minutos.

Suerte que no tenía que entregar esos dichosos Premios todos los días.

—¿Urioz? ¿Quiere hacer el favor de contestar al menos usted?

A pesar de que la cinta rodante parecía estar detenida, llegaba hasta los oídos de Gorroncho un zumbido que moría en un sordo golpetear antes de

nacer de nuevo.

¿Qué demonios era aquello?

Los últimos drones procesados por Benito yacían junto a la cinta transportadora, a la espera de que alguien los llevara hasta la Terminal de Salidas.

Gorroncho negó con la cabeza. Eso supondría un evidente retraso en la entrega de aquellos productos y daría al traste con los objetivos de eficiencia que él mismo había diseñado para Nile.

Debería explicarle bien las necesidades de mejora a Urioz cuando se reuniera con él para ponerlo al frente del almacén. El trabajo de Intxausti no había sido malo, pero sí era francamente mejorable.

El zumbido persistía, alzándose de forma intermitente entre golpe y golpe.

ZZZZZZZ... ¡POC!

ZZZZZZZ... ¡POC!

ZZZZZZZ... ¡POC!

Siguiendo la pista a aquel sonido, Gorroncho rodeó la cinta transportadora y llegó a una esquina en la que se amontonaban los paquetes que aún esperaban a ser cargados.

Lo que vio allí lo desconcertó. Un avión desquiciado golpeaba una y otra vez contra una caja de cartón de grandes dimensiones. Después de cada golpe, el dron echaba marcha atrás para coger impulso antes de volver a avanzar hacia un objetivo que, vaya usted a saber por qué azares del destino, parecía resultarle siempre inalcanzable.

Pensó que todo sería debido a algún error de programación, pero decidió examinar el avión más atentamente.

El texto de su etiqueta electrónica era escueto.

Destinatario: Sotil Urioz

Por fin lo comprendió todo.

—Así que aquí estás...

Gorroncho palpó los dos billetes de cartón que pensaba entregar a Benito Intxausti al final de la jornada.

No eran más que una formalidad.

La organización había reservado hacia ya tiempo los pasajes de Benito y Alina en el Gran Crucero Interestelar que zarparía a la mañana siguiente, y lo único que exigirían a los pasajeros a la hora del embarque sería una identificación superficial de córnea.

A no ser que él diera la voz de alarma, claro.

Gorroncho habló al aire, como si hubiera alguien más en el almacén.

—¿Sara? Hazme el favor de publicar una nueva oferta de empleo. «Se busca becario almacenero para importante empresa de comercio y distribución. Planes de empleo a largo plazo».

A Martín Gorroncho no le hizo falta escuchar la respuesta de su secretaria para saber que sus órdenes estaban ya en proceso de ser cumplidas.

—En fin... Un trabajo menos —dijo antes de abandonar el almacén y volver a sus asuntos.

IX

Los pasajeros del Gran Crucero Intergaláctico fueron recibidos por un mensaje del capitán en cuanto llegaron a sus respectivos camarotes. En él los invitaban a disfrutar de un pequeño tentempié y a relajarse antes de la cena de gala en la que conocerían al resto de sus compañeros de viaje.

Para la hora en la que se celebraría la cena, el zeppelin estaría ya llegando al final del brazo de Orión. Las vistas serían espectaculares. Y el capitán, como no podía ser de otro modo, estaría encantado de

compartir mesa con unos pasajeros tan especiales como ellos.

La organización del Gran Crucero no había escatimado en detalles. Había una gran cesta de fruta de cultivo ecológico en cada una de las camas y un jacuzzi en cada uno de los cuartos de baño. Sobre el escritorio que terminaba de amueblar los camarotes había también una caja de cápsulas reparadoras, para que los pasajeros pudieran seguir con su terapia de nanobots también durante las dos semanas que se esperaba que durara el crucero.

Benito aprovechó para echar una cabezada mientras Alina disfrutaba del jacuzzi. No habían sido unos días fáciles para ninguno de los dos, ambos necesitaban descansar. Luego se enfundaron la ropa de gala que habían metido en la maleta —esmoquin para él, un sobrio vestido negro de cuello barco para ella— y bajaron a la cubierta principal para reunirse allí con el resto de pasajeros.

Las mesas estaban dispuestas y la cena estaba en los platos cuando llegó el primero de los comensales. Pero el capitán no aparecía por ninguna parte.

Lo que al principio no fue más que un vulgar rumor —la historia del capitán que olvida que tiene concertada una cena de gala con el resto del pasaje—, pronto se convirtió en una preocupación que iba creciendo a medida que el zeppelin cubría milla interestelar tras milla interestelar.

—¿Alguien sabe por dónde queda el puente de mando?
—preguntó una mujer que debía de haber superado hacía mucho la barrera de los cien años. Tenía el cansancio grabado en los círculos negros que rodeaban sus ojos, pero su voz sonaba firme y clara.

Nadie supo responder a su pregunta.

Acordaron dividirse en grupos y emprender la búsqueda cada uno por su cuenta. En caso de que alguien

descubriera algo, debería volver de inmediato a la cubierta principal y esperar allí a que regresaran el resto de exploradores antes de compartir el fruto de su investigación.

Benito y Alina partieron juntos, avanzando a través de los pasillos forrados con maderas nobles e iluminados con lámparas de gas. Por un momento les pareció que habían sido transportados a otra época y que eran los protagonistas de una de las aventuras que proyectaban en su infancia en los cines de barrio que había antes de la invención de las paredes—pantalla.

Bajaron hasta localizar la sala de máquinas y volvieron a subir por unas estrechas escaleras metálicas, partiendo de la premisa de que el puente de mando debería encontrarse cerca del corazón mecánico del zeppelin.

Dejaron atrás cuartos de limpieza y escuetos refectorios, el dormitorio del servicio y las instalaciones de la lavandería antes de dar con dos grandes puertas batientes de madera labrada.

—¿Habremos llegado? —se preguntó Benito.

—Sólo hay un modo de saberlo —respondió Alina.

Empujaron las puertas con la misma reverencia con la que los antiguos sacerdotes abrían las puertas de sus templos los días de fiesta.

Todo para descubrir que no había nadie en el puente de mando.

Benito y Alina se miraron y aguardaron en silencio, como si en el fondo esperaran que todo fuera una broma de mal gusto.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Alina.

—No lo sé —respondió Benito.

El espectáculo que se veía a través del ventanal del puente de mando era maravilloso. El zeppelin estaba llegando ya al final del brazo de Orión, y empezaban a verse las formas de la cercana Enana de Sagitario y

la lejana Gran Nube de Magallanes, con su mezcla de colores. Todo brillaba y destellaba con una viveza que, a ojos de Benito, contrastaba de forma dolorosa con el cielo gris de Nuevo Bilbao.

Más de uno hubiera dado su vida por ver algo así.

¿Pero se había sometido a la brutal disciplina de Nile sólo para eso? ¿Para ser desechado y arrojado a los confines de alguna lejana galaxia como basura espacial? Ahora se lo explicaba todo. Por eso no había visto a Susaeta a la vuelta de su viaje. No era que lo hubieran recolocado en otro departamento, sino que simplemente no había regresado jamás de su Crucero. Alina abrazó a Benito por detrás, sin dejar de mirar la coreografía de las estrellas, y le frotó el brazo en una reconfortante caricia.

—Volvamos al camarote —sugirió—. Mañana será otro día.

—¿Y los demás?

—Los demás no creo que necesiten saberlo. No al menos hoy. Déjalos cenar tranquilos.

Al llegar al camarote, Benito se quitó el esmoquin y tragó uno de aquellos nanobots ayudándose del pertinente vaso de líquido somnífero.

—¿Vienes? —preguntó.

—Claro que sí —respondió Alina—. Ahora mismo estoy contigo.

La temperatura era tan cálida en el interior del camarote, que Benito ni se molestó en ponerse el pijama antes de echarse en la cama. Alina lo vio caer dormido, con la ropa interior demasiado grande y los calcetines subidos casi hasta la rodilla. Luego tomó entre sus manos la cápsula que le correspondía a ella. La abrió igual que hiciera Benito días atrás y vio cómo el nanobot que moraba en su interior asomaba un fino tentáculo, como si fuera un polluelo recién nacido tanteando un terreno lleno de peligros. Luego vio

asomar un segundo y un tercer tentáculo, hasta que el nanobot terminó de emerger y correteó hasta la palma de la mano de Alina. Allí miró a la mujer con unos ojillos que denotaban una viva curiosidad, y vagó en círculos antes de aventurarse dedo corazón arriba. Alina siguió al nanobot con la mirada y se admiró al ver con qué denuedo lograba coronar la infranqueable montaña que suponía para él aquel apéndice de carne. Lo observó con los amantes ojos de una madre. Y luego lo aplastó entre las yemas de sus dedos pulgar y corazón. A veces las cosas podían ser tan sencillas... Vació la caja de cápsulas en el inodoro y se deshizo ella también de su vestido de gala antes de tenderse junto a Benito y abrazarlo como hacía tiempo que no lo abrazaba. –Buenas noches, cariño –susurró, antes de caer dormida ella también.

Abel Amutxategi. Nacido en Bilbao en 1978, ha colaborado con la revista AUX Magazine durante más de diez años, haciendo un especial hincapié en los temas literarios.

En otoño de 2015 publicará 'Su muerte, gracias' con libros.com. Una novela que mezcla humor y fantasía en la línea de autores como Terry Pratchett o Christopher Moore.

Antes de eso ha publicado un libro infantil ('Berbontzi', erein 2014) y ha contribuido con sus relatos en diversas revistas ('Diálogos', 'Nitecuento') y antologías ('60 relatos, 60 autores' en Ediciones Beta, 'La Biblia de los otros' en la extinta Cliffhanger Publishing).

En septiembre de 2012 lanzó el portal 'Cómo escribir un libro (sin morir en el intento)', en el que trata temas de técnica literaria con un estilo cercano y desmitificador.

Más información en: www.twitter.com/yomelibro
www.abelamutxategi.com

Extensior

Eva Escribano Compains

É sta es la mañana en que Ryo Tanaka escapa y deja atrás todo lo conocido en sus 87 años de existencia. Los inviernos no suelen ser clementes en la prefectura de Gifu pero hoy brilla el sol y ciega a Tanaka sobre la nieve. Esto es buena señal, piensa el hombre. Siempre imaginé que dejar este mundo sería más fácil durante un día soleado.

Tanaka se refiere al hecho biológico de morir. A dejar que su consciencia deje por fin la opacidad de su cráneo y se extienda sobre la montaña de Norikura. Como una tormenta de pensamientos. El hombre se jacta de muchas cosas pero no sabe describir exactamente cómo ocurre el viaje final. Así que la idea de Tanaka sirve a su propósito y le anima a seguir caminando.

Deja tras de sí un enigma para los que todavía duermen en la casa.

Tanaka se imagina los movimientos matutinos de su familia. Tetsuo será el primero en levantarse, poner la gran cafetera en funcionamiento, abrir las ventanas, escupir con discreción en el jardín, lavarse los dientes. Pero será el hijo menor, Toshiro, el que se dé cuenta de que su padre jamás duerme hasta pasadas las diez un domingo. El bueno de Toshiro es capaz de almacenar esos pequeños detalles dentro de sí y no soltarlos. Le invadirá el miedo mientras camina hacia la habitación de Tanaka, el miedo de no haberse despedido la noche anterior, y luego recordará que la esperanza de vida en el Japón actual es la más elevada del mundo. Esto le tranquilizará lo suficiente como para afrontar la desaparición de su padre con otros ojos.

Tic-tac, los relojes un Domingo avanzan con más lentitud de la normal. Pero Tanaka está fuera del tiempo, camina ajeno al tiempo, y le sienta bien.

Se afirmó globalmente que el año 2073 no tuvo parangón desde un punto de vista sociocultural, técnico y político. Muchos pensaron, he aquí el nuevo milenio. Se ha adelantado y nos ha sorprendido a todos. Entonces los meses pasaron, llegó 2074 y las civilizaciones entendieron una vez más que la continuidad es un hecho constatable en el ser humano, por mucho que los agoreros discutan al respecto. Que siempre se pueden traspasar los límites de lo conocido. ¿Qué pasaría en el año 2100? Bueno, ése quedaba aún demasiado lejos...

Cuando uno imagina el futuro de la sociedad, lo hace con un sentido profundamente idealista o esencialmente distópico. Piensa, todo mejorará o todo se irá al carajo. No hay punto medio. En términos generales, sin embargo, la mayoría de los individuos espera cierta progresión a varios niveles e incluso los pesimistas necesitan esa mejoría de las cosas, para poder quejarse y seguir justificando así su existencia. 2073 fue el año que unió a optimistas, pesimistas y realistas. Un año como cualquier otro, en verdad. Porque una cosa es constatar el paso del tiempo en ideas universales y otra muy distinta es prestar atención a las historias personales que se cuecen sobre el planeta.

A Ryo Tanaka, por ejemplo, la entrada en el 2074 le encontró en una situación que algunos fuera de Japón definirían como peliaguda. A sus 87 años, se había quedado sin empleo. Llevaba algo más de veinte sirviendo al servicio postal de Takayama con su bicicleta aerodinámica y sus piernas de hierro. Nada más salir de la oficina del jefe central había

llamado a Toshiro.

—Hijo, me he quedado sin trabajo —dijo sin ninguna tristeza.

—¿Cómo? ¿Te han echado?

—Sí. Me han dado tres meses de paga extra, al menos.

—¿No será que te has despedido tú solo? —a Toshiro no se le escapaba nada. Tenía ese tipo de inteligencia.

—Puede que un poco de eso también, sí... —respondió Tanaka mientras miraba distraídamente a través de una ventana. Le recorría la satisfacción de no tener por qué dar explicaciones a nadie más—. Pero ya no importa.

—Ya veo. ¿Y te han dado cita en la Agencia de Trabajo?

—Creo que voy a tomármelo con calma esta vez, sabes. Pensar en mi jubilación y todo eso.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio. Toshiro entendía la manera en que el mundo funcionaba. Quizás no fuera capaz de explicarlo con grandes palabras. O quizás no fuera capaz de explicarlo en absoluto. Había estudiado Política y Retórica pero al final se había convertido en el dueño de una tienda de fruta. Su lenguaje era simple y sin pretensiones, como una manzana.

—Mejor lo hablamos en casa, si te parece —había dicho.

Aquel día Ryo Tanaka había eternizado su vuelta al hogar que compartía con su familia. La idea de enfrentarse al hijo mayor no le producía miedo sino aburrimiento. Con Tetsuo era como si todo ya se hubiera dicho y no hicieran más que repetirse, una y otra vez. En algún momento concreto de su genealogía como padre e hijo, los papeles se habían invertido simultáneamente. Ya no era Ryo quien reprendía a

Tetsuo de pie, balanceándose sobre los talones, sino más bien al revés. Y quizás porque un hijo siempre sentirá cierta superioridad sobre quienes lo trajeron al mundo, Tetsuo masticaba su hegemonía desde las alturas sin ningún tipo de pudor. Mientras, Toshiro solía beber su café en silencio y acariciaba al gato. Así pasaban las tardes.

Marcaron las seis Ryo todavía estaba fuera, paseando entre las calles. Especulaba sobre la evolución de los seres vivos: gatos, águilas, cebras, libélulas... Miles de pedazos de existencia extendiéndose en una matriz sin fin. Y sin ningún motivo en particular.

Había oído que ciertas musarañas de río eran capaces de experimentar mutaciones genéticas de una generación a la siguiente en respuesta a los cambios imprevistos del entorno. Esas transformaciones eran poco menos que invisibles para nosotros pero para la musaraña significaban la diferencia entre vida y muerte. Qué cosas, pensaba Tanaka, qué cosas. La idea le fascinaba y horrorizaba a partes iguales. Por qué esa tendencia tan tozuda hacia alargarlo todo, se decía. Qué cosas.

Los seres humanos también habían cambiado.

Tanaka estaba ahora delante de la casa de la señora Watanabe. La viuda era más joven que él, unos veinticinco años exactamente, y tenía todas las carnes en su sitio. Era agradable de sujetar. Dos perros ladraban en la distancia. Marcaban la llegada de la noche sobre Takayama.

Ryo tenía que reconocer que las mujeres de sesenta eran como musarañas de la sociedad, adaptándose a mayor velocidad que el resto para no quedarse atrás.

La idea de la señora Watanabe con orejas y bigotes de hámster le hizo reír.

Ella se lo encontró sonriendo como un idiota.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—Watanabe, no quiero volver a casa. Hoy no. Me han echado del trabajo. Me van a crucificar.

—Eres joven todavía. Encontrarás otro.

—¡No! No quiero trabajar más. Voy a pedir la jubilación, ¿me oyes?

—¿Has estado bebiendo?

—Tres cafés, sí. Puede que cuatro. Estoy como una moto.

Ella fue a decir algo pero él ya tenía su boca demasiado cerca, estaba más que preparado para hacer callar a la viuda. Su aliento apestaba a cafeína. Algo dentro de Watanabe se fue aflojando, suavizando, humedeciendo. En el Japón de 2074 una mujer como ella todavía tenía dentro de sí los últimos huevos de oro. Pero ella ya no quería descendencia, para qué, por qué. Era un acuerdo tácito. Ni ella ni muchas otras. Tanaka lo entendía. Imagina, pensaba siempre, que te salen dos hijos como Tetsuo. A ver quién tenía la paciencia, la osadía de soportar aquello.

Por eso Tanaka tuvo que ser gentil con ella y no jugarle una mala pasada. Nunca lo hacía, era todo un caballero. Fue trabajando con soltura hasta que ella alcanzó el clímax y entonces, sólo entonces, se propuso centrarse en sí mismo. Y mientras embestía con dulzura pensaba, en realidad me quejo de vicio y en realidad hay cosas en este mundo que podrían ser peores que un sistema crítico con las jubilaciones antes de tiempo. Sabía que su padre, por ejemplo, no hubiera sido capaz de levantar el periscopio a los 87. Y mírame a mí, se decía, soy capaz de satisfacer a una mujer y de completar la faena sin pastillas ni lociones.

El viento frío de Takayama borró las huellas del sexo para cuando Tanaka llegó a casa. Al abrir la puerta,

Toshiro apareció en el pasillo y señaló el salón, como diciendo, el verdugo ya está preparado y espera una confesión. Las dosis de clemencia se secaron, ahora toca prepararse para la guerra. Luego desapareció en la oscuridad con el gato en los brazos.

No me abandones así, pensó Tanaka.

Pero ya sólo podía hablar a un pasillo vacío.

Cuando permanecía de pie, el hijo mayor tenía el porte de un ciudadano del nuevo milenio. El tipo de persona que acepta las cosas tal y como son, sin medias tintas, que mira hacia delante en su justa medida. Demasiado convencido de su existencia como para deprimirse.

A veces Tanaka lo envidiaba por ello y a veces no.

—¿Podrías decirme qué ha pasado hoy exactamente?

—preguntó Tetsuo antes de que su padre se sentara sobre el sofá.

—Veamos. El jefe se reunió con la junta hace una semana con motivo de lo que él ha calificado más tarde como “el declive locomotriz de mis piernas”. Una cuestión de la edad. Dicho de otro modo, la junta considera que mis servicios como cartero han quedado más que retribuidos y que es tiempo para mí de moverme a otros campos.

—Ya veo.

—La semana pasada echaron también a Matsumoto y Mifume —continuó Tanaka—. Parece que se andan librando de todos los que han rebasado los 85.

—Es lo normal en estos casos. ¿Te han dado cita con la Agencia de Trabajo?

Tanaka recordaba la última vez que había acudido a la Agencia, hacía veintidós años. Por aquel entonces la imprenta digital para la que trabajaba entró en bancarrota y había empezado a largar a los empleados con rapidez, preparándose para el fin. Cuando uno se encontraba en la calle en un país como Japón, no

duraba mucho tiempo en ella. La Agencia era el lugar donde uno podía encontrar otras oportunidades acorde a su rango de habilidades.

¡Y qué lugar era la Agencia! Para muchos, era como emerger de nuevo del vientre materno. Sólo que esta vez, poseían memoria para acordarse del proceso y no olvidarlo. Las paredes blancas de este tipo de oficinas vibraban con ofertas de trabajo, contratos, esperanzas de cambiar el futuro. Las contracciones eran las de un país con suficientes ocupaciones para sus ciudadanos. Uno pedía número, se sentaba a hablar con un oficial, era todo muy informal, y éste se encargaba de buscar en las bases de datos, de acuerdo a cada perfil. No había mucho más y, en cierto sentido, era un nacimiento ridículamente sencillo.

A Tanaka, por ejemplo, le habían encontrado trabajo en el servicio postal de Takayama en menos de una semana. Pero ahora la idea de volver a pisar aquellas alfombras le parecía absurda. Quizás necesaria para otros, sí. No para él.

Miró a Tetsuo y reunió fuerzas para seguir hablando. Lo hizo con los ojos cerrados.

—Creo que voy a intentar pedir la jubilación.

—¿La qué?

—Me has oído perfectamente.

Tanaka escuchó el cambio de respiración que se produjo a escasos metros de él y supo que había rebasado la línea del horizonte. Ahora caía, caía, caía en la vertical al otro lado de la Tierra, y sin freno, mientras el hijo mayor explotaba en carcajadas desde las alturas. Se imaginó que la jubilación era eso. Una caída descontrolada en la que uno se despide de la horizontalidad del trabajo mientras otros se ríen. ¿Rebotaría al llegar abajo o haría un agujero en el suelo?

—¿Te sientes fatigado? —preguntó entonces Tetsuo—. ¿Es

eso? ¿A tus 87? Hay otras labores que puedes hacer, ya sabes, si lo que te falla es la energía.

—Hijo —dijo Tanaka—. Respétame. Respétame y déjame en paz, anda. ¿No te das cuenta de que ha llegado mi hora?

—Bien, quizás tengamos que pedirte cita en el programa Extensior.

El padre abrió los ojos.

—Sí, eso es. Te pediré cita en el programa Extensior

—repitió el hijo.

—Yo simplemente quiero mi jubilación.

El padre miró hacia la puerta.

¿Dónde estaba Toshiro cuando se le necesitaba? ¿Dónde estaba ese silencio suyo que hacía a los demás enmudecer de vergüenza? ¿Por qué no venía a pararle los pies al megalómano de su hermano? La culpa es de la madre, pensó Tanaka, por parir a uno tirano y al otro cordero.

—Eres demasiado joven para retirarte —dijo Tetsuo.

—¡Al carajo con los años! ¡El tiempo es relativo!

Tetsuo sonrió, como si acabaran de darle la razón.

—El tiempo dejó de ser relativo hace años, papá.

La montaña de Norikura fue la favorita de la mujer de Tanaka durante muchos años. Pero ahora es simplemente el lugar que él ha elegido para morir. Tanaka es capaz de ir ascendiendo por el camino de grava y convencerse de que una cosa no tiene que ver con la otra. Podría mirar hacia atrás y recordar todos aquellos rostros que, de algún modo, lo echarán de menos si no fracasa en el intento. Incluso el de ella. Pero Tanaka prefiere concentrarse en el brillo del sol sobre su cabeza, la esponjosidad de la nieve bajo las suelas de plástico, el peso de la mochila que lleva a la espalda y en avanzar, avanzar, avanzar hasta llegar al bosque del lado norte y una vez allí, sentarse

bajo un pino y esperar a que ocurra.

Ha sido una buena vida, piensa. Supongo que será una buena muerte. Uno más uno son dos.

La mujer de Tanaka solía decir que Norikura era el último remanso de paz en Gifu, junto a las colinas de lápidas de Takayama. Tras la separación, quién sabe qué métodos utilizó la buena mujer para convencerse de lo contrario. Tras dejar la casa, ella había renegado de las montañas, de todo lo que sobrepasara los dos mil metros y se había mudado a Nagoya donde, según decía Toshiro, llevaba una vida más metropolitana, como de llanura. Eso a Tanaka le traía sin cuidado. Después de cincuenta años conviviendo con ella, a Tanaka ya no le sorprendían aquellas muestras de emancipación femenina a los setenta. Lo sorprendente hubiera sido continuar a su lado.

No, cincuenta años es demasiado para una pareja. Desde cuándo nos empeñamos en hacer de la monogamia semejante tara, se queja Tanaka. ¿Y qué pasa con todo lo que sigue después y debe continuar? Tic-tac, el tiempo ha dejado de ser relativo para todos.

Los relojes en Japón y en el resto del mundo ya no se mueven a la misma velocidad que en siglos anteriores. Es como si hubieran alargado el espacio entre las horas, haciendo que las manecillas necesiten más energía y movimiento para avanzar, extendiendo con ello la vida de sus ciudadanos. Tanaka piensa en Tetsuo, por ejemplo, y en la seguridad que irradia a sus 51 años. Todavía no ha cruzado el ecuador de su existencia y sigue pensando que eso es una bendición. Que todavía quedan metas y propósitos con los que ir rellenando los meses y sentirse útil, activo, despierto. Tetsuo, y otros muchos como Tetsuo, poseen probablemente una lista que nunca acaba en la cabeza y están contentos de que la biología les acompañe en

esta carrera hacia la continuidad. Si a ellos les funciona, eso que ganan.

Pero qué ocurre, rumia Tanaka en su cabeza mientras asciende el Norikura, cuando uno presiente que esta duración ha dejado de ser espontánea. Cuando ha dejado de tener que ver con uno mismo. Se ha convertido en un asunto ajeno, indiferente. Cuando un día abres los ojos y notas que sesenta años despertándose a las seis de la mañana ya es suficiente. Cuando el currículum sobrepasa las tres hojas, cuando notas que empiezas a repetir las palabras, que ya has estado allí, que otra convivencia de años con una mujer se te antoja un fastidio, que todavía verás a tus hijos alcanzar la friolera de 90, que tu misión en este mundo fue completada en algún momento del pasado sin que tú te dieras cuenta. Ahora lo haces, piensa Tanaka con una sonrisa, y podrás seguir levantando el periscopio con mujeres como Watanabe pero esto ya no te proporciona la alegría de antes.

El hombre hace un alto y resopla. Tiene ante sí el espectáculo silencioso de Gifu un domingo a las once de la mañana. El bosque no puede quedar muy lejos, se recuerda. Al girarse ve el camino serpenteando a lo largo de la ladera y le tranquiliza no ver la sombra de otros montañeros.

¿Estarán buscándome Tetsuo y Toshiro en estos momentos?

¿Qué tipo de emociones les cruzarán la cabeza?

Si en el futuro pierden su décimo puesto de trabajo, los llama la Agencia y se ven forzados a comenzar con Extensor, ¿mirarán hacia el Norikura y lo comprenderán entonces? ¿O será demasiado tarde?

A Tanaka le habían hablado del tipo de asesores que uno podía encontrar en las oficinas estatales del

programa Extensior. Aquellos eran hombres y mujeres de otra dimensión, con otro tipo de estudios, capacitados para el tipo de decisiones que estaban cambiando las dinámicas del país. Hijos del nuevo milenio.

La asesora que le había sido asignada, Aiko Hayasaka, entraba dentro de la descripción general. A la vez, aquella mujer de traje blanco parecía guardar algún tipo de secreto. O quizás una cara oculta. A Tanaka no se le escapaban ese tipo de detalles. Hacía demasiado tiempo que daba vueltas por el mundo.

La asesora le hizo pasar a su despacho sólo a él. Tetsuo y Toshiro se quedaron sentados en la sala de espera. Parecían dos bonsáis en tiestos demasiado pequeños. Hayasaka se entregó entonces a la tarea de estudiar los detalles de la carpeta de ciudadano de Tanaka. Leía y tecleaba a una velocidad extraordinaria. Durante varios minutos, ninguno de los dos abrió la boca.

—Perdone, señorita... —dijo Tanaka sin poder aguantarse más.

Aiko Hayasaka dejó de escribir y sonrió.

—Dígame, señor Tanaka.

—¿Podría preguntarle qué estudió usted?

—Medicina y psicología, como cualquier asesor que se precie. ¿Y usted?

—Yo no estudié nada, la verdad. Mi sabiduría es de la calle.

Ella volvió a sonreír, probablemente más por educación que por otra cosa. Continuó escribiendo durante otros tantos minutos, como si nada hubiera pasado. A Tanaka no le sorprendía la parquedad de palabras pero había esperado más corporativismo. La falta de drama era decepcionante. ¿Dónde quedaban los discursos y las grandes indicaciones? Esto era más soso que montar por enésima vez en un avión con la

misma aerolínea de siempre.

Se inclinó de nuevo hacia ella.

—Perdone, señorita.

Hayasaka hizo un alto, dejando sus dedos en suspensión.

—¿Tengo derecho a decir algo? ¿A expresar mi opinión?

—Por supuesto, señor Tanaka. Usted es libre de decir lo que quiera. En todo momento.

—Muchas gracias, señorita. Pues mire, hoy me he levantado y uno de mis hijos, el mayor, me estaba esperando en el pasillo con mi documentación y mis calcetines. “Prepárate”, me ha dicho. Yo todavía tenía legañas en mis ojos. “Prepárate”, me vuelve a decir, como si yo fuera un don nadie y no estuviera realmente en mi casa. En honor a la familia no he levantado los puños. Además, no me gusta la violencia. Me he peinado, lavado los dientes, montado en el coche. El hijo pequeño se ha pasado todo el viaje intentando tranquilizarme y tragándose mis malos humos. No ha sido agradable, se lo aseguro. Hacía tiempo que no pensaba en el whiskey, sabe usted, hasta esta mañana exactamente a las diez y media, dentro del coche. Y si pienso en el whiskey me dan arcadas porque no lo tolero. Imagine qué combinación. En fin. Creo que usted sabe o intuye ya que yo no quiero estar aquí.

—Usted quería pedir la jubilación. Estoy al corriente, sí. Tanaka suspiró, como si le hubieran quitado un peso de encima. De hecho, se le esfumaron las ganas de hablar. No gastes saliva, pensó, ahora que todas las cartas están sobre la mesa y las de ella ganan. Había algo en la mirada de Hayasaka que invitaba a aceptar la derrota, con elegancia. ¿Era ése el tipo de poder que los asesores de Extensior poseían sobre el resto?

—Ambos sabemos —dijo ella tranquilamente— que una jubilación a su edad no es posible, señor Tanaka.

Usted todavía tiene un papel que cumplir. De hecho, a sus 87 años posee un futuro muy prometedor por delante.

—Me pregunto si de verdad se lo cree usted o es una frase de folleto.

—No está en mis manos decidir la edad de jubilación en este país.

—¡Sólo faltaría eso! Si del programa Extensior dependiera, creo que todavía tendríamos que estar trabajando otros treinta años más —Tanaka intentó reírse pero no le salió bien. El sonido quedó en una especie de eructo. Qué vergüenza, se dijo.

Hayasaka lo estudió tras las gafas y luego volvió a la pantalla del ordenador.

—Empezaremos con los análisis a partir de Marzo. Según los resultados, usted empezará con uno de nuestros tratamientos en la clínica de Takayama.

—Qué emoción —dijo Tanaka, arrugando el rostro.

—Si lo necesita, tenemos un equipo de psicólogos a su servicio.

—Bueno, no creo que un psicólogo sea necesario en mi caso, la verdad.

Ella estiró la boca y lo sorprendió por un instante con una sonrisa que parecía auténtica. Se levantó, extendió la mano y la sonrisa todavía estaba allí.

—¡Por supuesto que no, señor Tanaka! Ya verá. Esto es sólo una fase. ¡Lo mejor de su vida está todavía por llegar!

Nada más salir de la consulta, Ryo Tanaka levantó el dedo índice y lo mantuvo en el aire, señalando la figura de Tetsuo. Debió decir algo porque su hijo mayor se levantó como un resorte, con la cara roja y también le señaló con otro de sus dedos. Con que ésas tenemos, pensó Tanaka. Se puso la chaqueta y salió de allí, dejando al bueno de Toshiro nadando en

una sensación de inutilidad.

¿A dónde van los hombres centenarios cuando no se les acaban las horas?

Al bar, por supuesto. Nada más entrar en el antro donde la Watanabe trabajaba, Tanaka intuyó que no era la mejor de las ideas pero como no tenía otra en particular, decidió quedarse. Watanabe, le dijo a ella, no tolero el whiskey así que vamos a ser patrios. Dame una botellita de tu mejor sake. Son las cinco y tengo toda la tarde por delante. Si tuviera cigarrillos, mis pulmones acabarían negros hoy.

La mujer escuchó todo lo que él decía. Bostezó un par de veces. En realidad, tenía la mirada fija en la ventana que daba a la calle.

El sake obraba maravillas dentro del viejo Tanaka mientras él se quejaba. De todo y de nada particular. De lo que se había logrado en la sociedad a expensas de todo lo demás, de que ya no se hacían hijos y los parques eran otra cosa desde entonces, de que los matrimonios se iban al carajo y ahora hacían retretes con más funciones que antes, de su padre, de su madre, y de la suerte que habían tenido de marcharse cuando se marcharon. Luego intentó agarrar una de las manos de ella mientras le decía: hoy tienes que ser buena y amable conmigo, Watanabe, tienes que invitarme a tu casa, tenemos que hacer guarrerías. Y ella, en medio de una carcajada y media, cortó por lo sano indicando que su periodo había llegado esa mañana y que prefería estar sola.

Esa misma noche, Tanaka decidió que seguiría la práctica legendaria de las antiguas sociedades de nipones conocida como *ubasute* y perecería en una montaña. Por su cuenta y sin grandes dramas.

Eligió Norikura, cayendo luego en la cuenta que ése había sido uno de los lugares favoritos de su exmujer. La idea lo motivó. Hasta que la muerte nos separe,

pensó, mientras cerraba los ojos metido ya en el futón.

Amanece sobre la cara norte del Norikura y nuestro protagonista todavía sigue respirando. A decir verdad, sólo nota los dedos de los pies ligeramente entumecidos. Puede que la siguiente vez deba dormir fuera del saco, piensa, admirando el silencio a su alrededor. A decir verdad, puede que no debiera haber traído tampoco la pequeña tienda de campaña, los libros, la botellita de sake o el par de calcetines extra. He pecado de novato, se dice, pero ahora lo sé y no volveré a repetir semejante error.

Se levanta, estira las piernas, orina tras un árbol, vuelve a sentarse. Este bosque de Norikura es una de esas esquinas del mundo a donde no llega ningún tipo de sonido. Si uno presta atención, es como si estuviera escuchando la sinfonía de los tiempos prehistóricos, cuando el ser humano tenía suerte si llegaba a la treintena, y no existían Agencias de trabajo. Tanaka es capaz de romantizar el Neolítico hoy sin mucho esfuerzo. No envidia las generaciones que vendrán tras él, ávidas por seguir alcanzando nuevas metas: hoy ciento treinta. Mañana, ciento cuarenta. ¡Suban las apuestas, señores! La biología no dejará de fascinarnos, piensa, con su consistencia de chicle.

Fijo sobre su alfombra de plástico azul, siente que conecta con los espíritus de todos los ancianos que cometieron *ubasute* en el pasado. Claro que aquellos eran otros tiempos y posiblemente muchos de ellos ni siquiera quisieran estar allí. La mayoría tuvieron que hacerlo por deber, se recuerda, en tiempos de guerra y hambre. Otros, supone Tanaka, ni siquiera fueron conscientes de que se les cambiaba la ternura del hogar por la frialdad de las montañas hasta que fue demasiado tarde. Murieron con los pañales de tela

puestos y bien llenos, con la boca repleta de babas. En cualquier caso, *ubasute* representaba la supremacía de la cultura sobre la biología. Extensor también lo hace, a su modo, pero de una manera más corporativa.

¿Cuánto tardasteis vosotros en pasar al otro lado?, pregunta Tanaka entonces a los fantasmas que empiezan a popular este recodo del bosque. Porque yo llevo aquí menos de un día y todavía me siento bastante vivo.

Tic-tac, las horas se escurren en una matriz infinita.

El sol va ejecutando su baile alrededor del centro de la Tierra: Tanaka y su silencio. Los rayos de luz se rompen en el corazón de las esquirlas de hielo sobre las ramas. Los ríos subterráneos borbotean ajenos a todo lo demás. Dos aviones cruzan el cielo de oeste a este. Un grajo busca a su familia perdida y los llama incansable durante horas. Hacia las siete de la tarde, su canto se apaga. Tanaka sigue sentado sobre el plástico y decide los siguientes pasos a seguir.

Se levanta y deshace la tienda de campaña que tan tranquilamente montó ayer. Apila los libros al lado y posa sobre ellos el par extra de calcetines. Cuando toma la botella de sake, duda y se rasca la cabeza. Acaba dejándola sobre los calcetines. Luego lo piensa mejor y la coge de nuevo, se la lleva consigo hasta su cama minimalista, se tumba de medio lado y va dándole pequeños tragos mientras la oscuridad y el frío lo engullen todo. Por los viejos tiempos, piensa Tanaka, por Watanabe, por Toshiro, por los compañeros del servicio postal, Mifume y Matsumoto, y así va dando cuenta de la bebida a golpe de nombre conocido, a tragos cortos, adiós, adiós. El sake siempre ha reconfortado la figura atlética de Tanaka, siempre ha hecho que se sienta mejor, más convencido de sí mismo. Por eso, cuando la botellita se acaba y la

borrachera se cuece a fuego lento en su organismo, el hombre deja que el sueño le pille con una sonrisa en la boca.

¡Hasta la próxima, camaradas!

A la mañana siguiente, Tanaka se levanta, maldice con el puño en alto la tranquilidad que reina en el Norikura, orina tras un árbol, vuelve a sentarse. No lo entiende. Tiene hambre, tiene sed, los dedos de los pies siguen entumecidos, no siente la punta de la nariz. Sin embargo, su corazón bombea incansablemente, con obstinación.

Al tercer día en la montaña, el hambre se ha diluido en una especie de nebulosa pero las ganas de beber empiezan a molestar a Tanaka. Son como golpecitos en el cráneo. Rompen el silencio de la naturaleza.

Tetsuo había dicho, si lo que te falta es la energía hay otro tipo de trabajos que puedes hacer. ¡Al carajo con Tetsuo!, piensa Tanaka, tantas ínfulas que se da ese hombre para tan poca perspicacia. A Tanaka nunca le ha faltado la energía. Es la energía lo que le ha llevado al Norikura. Será la falta de ella lo que acabe por mandarle al otro barrio. Pero entonces recuerda las palabras de la asesora Hayasaka y también la manda al carajo, por saber de qué hablaba cuando dijo lo que dijo: a sus 87 años posee un futuro muy prometedor por delante.

A Tanaka le reconcome intuir que su cuerpo prefiere las ideas de Hayasaka. La mente, por otro lado, está centrada en *ubasute*. De trata de una batalla entre los elementos.

En realidad, todo es culpa del berenjenal en que nosotros mismos nos metimos, rumia Tanaka mientras hace crujir su cuello y los nudillos. ¿Qué es Extensor sino una manera de paliar los resultados desastrosos de la baja natalidad en Japón? Si hubiéramos abrazado la continuidad sin prescindir de nuestra descendencia... Si

no fuéramos la sociedad elegante y adulta del planeta...
Si no hubiéramos optado por el camino fácil...

¿Qué es ahora Japón? ¿En qué nos hemos ido convirtiendo? El país es mujeres de sesenta con sus últimos huevos tirados a la basura, es Tetsuo y sus dos separaciones, es Toshiro y su asexualidad escondida tras la timidez, es una economía que ha de mantenerse de alguna manera en medio de todo el meollo, es el cómputo exacto de una sociedad para la que la juventud no es ya un divino tesoro, sino simplemente algo de otro planeta. Extensior había aparecido allí como un resultado necesario dentro de esa ecuación que todos habían creado a lo largo de los años. Hagámonos a la idea, piensa Tanaka mirando el cielo azul, de que Extensior hace gala de su nombre y nos ayudará a extender nuestra historia a base de perpetuar nuestras arrugas y mantenerlas útiles.

A la manera de una seta, Extensior apareció espontáneamente, donde menos se la esperaba, donde más se la necesitaba, y estaba allí para quedarse.

Tanaka tira la toalla. Se levanta al quinto día y por allí no aparece ya la sombra de *ubasute* sino unas increíbles ganas de comer y de tomar café caliente.

Mientras recuerda por dónde vino y el trayecto de vuelta a Takayama piensa, agarraré un catarro si tengo suerte. Pero quizás no lo haga. Quizás sea uno de esos seres humanos que la biología escogió de entre sus favoritos para que enseñaran al resto hasta dónde son capaces de llegar.

No hoy, desde luego, piensa Tanaka una y otra vez, mientras desciende por la ladera del Norikura. Dentro de sí no almacena resentimiento, ni siquiera una pizca de decepción. Es mejor no sentir esas emociones a mis años. Mejor concentrarse en cómo digerir la

mirada de los hijos cuando lo vean aparecer. Tetsuo probablemente no diga nada y hable mucho y Toshiro lo dirá todo sin decir absolutamente nada.

Sin embargo, todavía quedan sorpresas para los hombres de 87 en los tiempos que corren.

Al entrar en la casa, el primer miembro de la familia que sale a recibirlo es el gato. Son sus ronroneos quienes hacen acudir a Toshiro, y luego a Tetsuo, y se produce ese momento de silencio estúpido entre familiares que no saben cómo aceptar que se han acostumbrado a la presencia de unos y otros.

—Bueno, ¿me vais a dar algo de comer o qué? —dice Tanaka entonces.

Toshiro asiente y se marcha con rapidez a la cocina.

—¿Se puede saber dónde has estado? —pregunta Tetsuo.

—No, no se puede saber. Lo importante es que estoy de vuelta.

—Ya veo.

—Padre, ¿quieres café también? Puedo prepararte uno si quieres.

—Mejor que sean dos —dice Tanaka mientras deja al gato sobre el suelo.

El hijo mayor observa a su padre avanzar con paso lento a través del salón y sentarse a la mesa, sonarse la nariz, tamborilear con los dedos una melodía sobre la madera para hacer tiempo. Escruta las arrugas de Tanaka, la desfachatez con la que respira, probablemente preguntándose hasta qué punto ha heredado ambas cosas.

¿Quieres leerme el rostro, verdad?, piensa Tanaka mientras sostiene la mirada al ser humano que tiene delante. ¿Quieres saber dónde he pasado los últimos cinco días, sí? Eso lo sabrás tú mismo cuando llegues a los noventa.

Epílogo

Ryo Tanaka entró en el programa Extensior durante la segunda semana de Marzo, bajo la supervisión directa de la asesora Aiko Hayasaka. Se le asignó la categoría C debido a su buen estado de salud en general y por eso mismo la duración total del tratamiento no sobrepasó las tres semanas, al cabo de las cuales fue recolocado en la oficina de administración civil de Takayama. Tanaka siguió viviendo en la pequeña casa que poseía cerca de las colinas del norte. La convivencia con sus dos hijos mejoró cuando Tetsuo se trasladó finalmente a otro piso y Toshiro empezó de nuevo a decir lo que pensaba, sin medias tintas. La Watanabe acabó uniéndose a la unidad familiar durante la primavera.

Tanaka nunca olvidó aquel mes de Febrero del año 2074.

La consistencia del silencio mientras daba vueltas a los milagros de la biología.

Los meteorólogos confirmaron después que se había tratado de uno de los Febreros más templados de las últimas décadas.

Eva Escribano (Pamplona, 1988) empezó a escribir con una máquina bastante tosca que requería todo el peso de los dedos índice y corazón para ponerla en funcionamiento. Sus dedos escriben con mayor soltura desde que descubrió la suavidad del teclado. Con varios pares de ellos ha ganado concursos nacionales de relato corto y novela desde el 2006. La historia de *Extensior* surgió mientras contemplaba a un grupo de jubilados japoneses en Berlín, ciudad donde ahora reside.

Fluido Vital

Diego Escobedo

*“And so long as men die, liberty will never perish”
Charles Chaplin*

Las calles grises, sucias, los edificios aterradores y todos uniformemente descoloridos, además de un cielo permanentemente nublado y contaminado. Un mundo gris en resumidas cuentas.

Es el ambiente que me rodea mientras doy otras interminables vueltas por el deprimente centro de la ciudad buscando finiquitar mi proceso. Sé que mi Proceso no tendrá solución real, pero aún así continúo. Estoy al tanto de eso, es que simplemente ya no me importa.

Una suerte similar correrá cada uno de los descoloridos zombies, también conocidos como capitalinos, que inundan las calles por las que transito. No hay niños, ni ancianos, solo los capitalinos de siempre. Aunque individuos cada vez se van asemejando más física y anímicamente entre sí. No hablan mucho, y si lo hacen es con la cabeza gacha.

A todos parece faltarnos una buena dosis de Fluido Vital, sólo podemos esperar a que el racionamiento que hace el gobierno nos suelte un poco. En cualquier momento puede pasar.

Así era el ambiente en esta ciudad desde la Revolución Libertadora, que alzó en el poder a ese militar de nombre largo con el título de Dictador Supremo hace ya doscientos años.

Para abreviar las cosas todos le decíamos Líder simplemente. Claro que su título oficial era incluso más largo, al igual que cada una de las leyes que sacaba. Había leyes en la Nueva Gran Nación, como se hacía

llamar, pero todas eran redactadas en Neolengua, un idioma burocrático creado específicamente para los asuntos legales y burocráticos. No obstante aún así era difícil descifrarlas, pues todas se escribían con la redacción más compleja posible y apuntaban a asuntos rebuscados. Las más relevantes siempre estaban entrelazadas con las menos importantes y por lo mismo era necesario a veces leerse libros enteros y de cientos de páginas para conocer nuestros derechos más básicos. Era una forma de ocultar el hecho de que casi ninguna ley velaba por el bien de la gente común. Gradualmente nos fueron acostumbrando a desechar esa idea.

Todo estaba en los reglamentos, constituciones y decretos que salían a diario. Ya casi nadie tenía tiempo de leerlos, pero sabíamos cuando hacíamos algo mal a medida que el Sistema te exprimía.

Mi proceso comenzó hace mucho, a medida que luchaba por deshacerme de él sólo me enredaba más en estas trabas burocráticas. Es la quinta vez en el día que vengo al edificio ministerial. Hago otra larguísima fila, todos en ella son de expresión pálida y tan delgados que rayan en la desnutrición. Cuando finalmente me toca cierran la caja. Tengo que arreglármelas de alguna forma para sacar esos papeles antes de las 18:00 o perderé todo lo conseguido en este mes. Salgo del antiguo y sobrio edificio a un exterior de aire pesado. Toso varias veces hasta llegar a otro edificio, casi idéntico al del ministerio.

Todo en esta ciudad se construyó con la misma sobria arquitectura, es difícil distinguir un lugar de otro.

Al entrar mis pulmones no pudieron darse un respiro. El aire era poco y enrarecido. El lugar estaba repleto, y pegados contra las paredes mucha gente se había instalado con sacos de dormir.

Me abro paso entre la multitud y logro instalarme en el último asiento de la sala de espera. Se demoran en atenderme, así que decido aprovechar el tiempo en descifrar uno de los documentos que me dieron en el último trámite. Demoro unos minutos en ubicarlo entre el montón de papeles legales que debo andar trayendo en mi maletín (Nunca te decían cual te serviría de verdad, a veces casi ninguno, otros pueden salvarte la vida si los andabas trayendo en el momento adecuado) Finalmente lo encuentro. Se asemejaba a un contrato por su extensión, y casi toda la letra era pequeñísima, pero luego de tantas décadas tratando de entender la Neolengua tenía cierta facilidad para extraer lo importante. Si mi interpretación era correcta y todo salía bien en la caja solo me faltaría un trámite más por hoy, “Menos mal, así podré irme luego del centro” pienso.

Un televisor cuelga del techo. Nadie lo ve, muestra lo mismo de siempre: políticos con cara de políticos, gorditos y de frente arrugada, en un programa de conversación, conversando. O mejor dicho repitiendo los clichés de siempre. No hay discusión, todos están de acuerdo en todo. No se escucha, pero hay subtítulos para lo que dicen.

...Y es por eso que ya van más de cien años que no ha habido una sola protesta en la Nueva Gran Nación.

Concuerdo con su punto, pero está omitiendo algo importante. La falta de protestas se debe a la falta de juventudes revoltosas que desafíen a la autoridad. Gracias a que no tenemos nada de eso, el sistema funciona tan bien.

Muy cierto, los hombres y mujeres deben dedicarse cien por ciento a trabajar. Sin perder el tiempo con familias o cosas de antaño. De un pasado decadente...

Dejo de prestar atención a eso. Un fuerte grito me distrae. Adentro de algunas oficinas oigo que golpean a personas. Los golpes y gritos eran casi como la música de fondo de la sala de espera, sumado al clásico murmullo general.

En una se abre una puerta accidentalmente. Alcanzo a distinguir un hombre sentado, babeante y con cables eléctricos conectados a su brazo. Un escalofrío me recorre por la espalda. La cierran de golpe, e instintivamente pienso en otra cosa. A nadie le extrañan esas imágenes en este lugar.

El altavoz dice mi número. Me dirijo a la caja disponible. Una mujer de sombría expresión me atiende. Definitivamente mi cara le cayó mal. Pero logro sacar esos papeles. Me siento realizado, creo.

Si tengo suerte, según mi asesor, podré librarme de mi proceso en unos cuarenta años más. “Considérese afortunado” Me dice. Supongo que debo sentirme así, llevo siglo y medio en este Proceso, en algún minuto se debe acabar.

Casi todos los habitantes de la Nueva Gran Nación estaban metidos en un “Proceso”. En la práctica significaba dedicar el poco tiempo libre que teníamos luego de nuestras largas jornadas laborales en trámites y más trámites para que el gobierno no nos siguiera descontando sueldo ni sumando más horas laborales.

En cuanto salgo a la calle un enorme camión pasa frente a mí y tras de sí deja una humareda gruesa y envolvente. Me impacta de tal forma en el rostro que me da otro ataque de asma. La falta de aire ya no la resiste tan bien mi organismo, me voy desvaneciendo, me apoyo con un brazo en la pared, luego me siento en la vereda. Sin darme cuenta casi estoy acostado en el piso. Empecé a desesperarme, ya no me entraba oxígeno. Me hacía falta con urgencia un poco de ese

preciado fluido, hubiera vendido mi alma (si es que tal cosa existía y era de mi propiedad) por una gota en aquel minuto.

Pasada la crisis luego de unos minutos me incorporo con dificultad y continúo al siguiente y último trámite del día.

No sé porqué, pero por un segundo tuve la tonta idea de que iba a morir allí mismo. Qué locura, nadie muere en la Nueva Gran Nación. A veces se me olvida que somos inmortales.

Aunque estaba con los ojos entrecerrados distinguí al menos a cinco personas que pasaron junto a mí cuando estaba en el piso. Claro que todos siempre estarán muy ocupados, y urgidos con un proceso que, en el peor de los casos, significaba la ejecución. No es de extrañar que nadie tenga tiempo de ayudarme. Hasta a mi propio asesor legal le cuesta dedicarle tiempo a mi caso.

Ya no recuerdo lo que habré hecho para que la ley iniciara mi proceso.

Mientras espero en el paradero el autobús saco de mi maletín una copia de mi ficha legal. Cubro un estornudo con mi puño y busco entre los larguísimos párrafos la causa que no puedo recordar en ese minuto. Al fin la encuentro: "Haber nacido".

Era fácil olvidar esa causa cuando cumplías los ciento ochenta años.

Yo nací después de la Revolución, como pueden darse cuenta, así que no conozco algo más. Aún así tengo la certeza de que este mundo no es el mejor para vivir.

La peor parte es que tengo el espacio para emitir mis quejas, en alguno de los comités sindicales estatales, por donde pasa cada error reportado por los civiles. Al año deben resolver menos de la décima parte de los problemas. La mayoría son una tubería en mal estado,

o un semáforo roto.

Esa noche llegué tarde a mi departamento. Curiosamente me da gusto llegar tarde, así paso menos tiempo en ese reducido espacio hacinado en aquel desagradable edificio.

La pantalla estaba encendida, yo no la controlo por cierto, pasaban como siempre imágenes del gobierno, era un acto. Había una gigantesca imagen del Líder en el fondo, y debajo de ella estaban formados en largas hileras las docenas de “Amos” que seguían después de él en la jerarquía. Casi un batallón de burócratas y hombres de “Ley” que ya no sacaban más leyes largas desde hacía años, sino que se dedicaban al mantenimiento de las que ya estaban. Siempre salían todos juntos cuando aparecían en público, enfatizando su slogan de “La unión hace la fuerza”.

Es fácil distinguir a esos Amos, si no usan su uniforme es por su aspecto de vitalidad, y esa cara que todos tienen de agresividad e inteligencia. Su piel no es gris como la nuestra. Se nota a leguas que gozan de dosis diarias de Fluido Vital. Tienen muchos privilegios, por algo les encanta estar donde están.

Luego las consignas patrióticas de siempre. Los noticieros que alababan la labor del régimen para engrandecer esta próspera y feliz nación, para alimentar por igual a todos los hijos de la revolución, y más cosas que nadie cree, pero que aún así tenemos que oír.

La mitad de la gente no las cree, pero no hace nada al respecto, hace mucho que fue doblegado su espíritu, me incluyo en ese grupo. La otra mitad cree estúpidamente en que este mundo es en verdad lo mejor para nosotros.

Y no estoy exagerando, esa es la proporción, mitad y mitad, nunca ha cambiado la población. No en doscientos años.

Esa noche alguien tocó mi puerta. Abro y me encuentro con mi vecina, una mujer de pelo teñido y un poco de sobre peso. Ya no recuerdo la última vez que hablé con ella, apenas nos veíamos en los pasillos del edificio. Aún así con esa sonrisa simpática que tiene (Una de las pocas que veo) me pidió el gran favor de que le arreglara la tubería de su cocina (Reportar el error al sindicato era el equivalente a dejarla igual).

Sabía a donde iba esto, pero aún así acepté el juego. Su departamento no había cambiado nada desde la última vez que entré hacía algunos años. La tabla de planchar y la ropa sucia ocupaban la pequeña sala de estar, y una pila de platos sucios la cocina. Y en cada parte que estuve había un olor cuya naturaleza no quise adivinar. Era desagradable, pero como suelo hacer, simplemente lo ignoré.

Me demoré más de lo que calculé, pero luego de destapar el tubo y hacer un par de ajustes lo dejé funcionando.

“Hiciste un gran trabajo, Maipo” Me exclamó ella con una voz un poco más sensual.

Mi nombre, como el de cada ciudadano del sistema se derivaba de mi dirección, “Maipo 1430” por el número de mi departamento y el distrito al que pertenecía. Aún así tenía un nombre, claro que nunca me ha gustado. Empieza con la letra “K” y en la época en que nos agrupaban alfabéticamente en los albergues populares era todo un lío asignarme una cama.

Los demás usan sus nombres en sus hogares, pero para esta mujer (Creo que su nombre es Yerma), todos los hombres con los que estaba eran “Maipo”.

Al darme vuelta la veo solo con su ropa interior y una bata de dormir. “Te debo pagar de algún modo, hagamos un Bebé”. Me dice esto casi encima de mí,

por la cercanía puedo fijarme que le quedan menos dientes que la última vez que estuve con ella. Sin que me de opción me besa. Su aliento a cigarro me recuerda al episodio de asma que tuve en el centro, trato de olvidarlo y de concentrarme en el ahora. Tímidamente la abrazo, mis manos bajan por su espalda y acaricio la superficie de sus nalgas, me doy cuenta que la celulitis las tenía prácticamente deformes. Hasta ahí el asco pudo más que el hábito. Separe su boca de la mía y con las mejores palabras que pude saqué sus brazos de encima mío y me libré de ella.

Era insistente, cuando por fin estaba cruzando la puerta me gritó todo tipo de insultos homofóbicos. Al bajar la escalera ella se asoma sin su bata y mientras me grita desde su piso doy un último vistazo. En lugar de sus insultos, que hasta la calle se pueden escuchar, sólo me puedo fijar en los rollos de piel que le bailaban mientras hablaba. Se apreciaba el movimiento mucho mejor desde ese ángulo.

“Necesito un bebé, tú lo necesitas ¡Y a todos aquí les hace falta, maricón egoísta!” Fue lo último que le entendí.

Curiosamente dormí más plácidamente esa noche. Casi sentía que había hecho algo malo, casi la misma sensación de cuando saqué ese papel ayer. Cualquiera me diría que lo que hice era derechamente malo, es que el sexo aquí no era una opción, era una ley. Por haber rechazado a una mujer esta me podía denunciar y después quién sabe.

En la madrugada me despertó la alarma del reloj con la música de siempre.

Luego se encendió automáticamente la pantalla. El noticiero estatal me bombardeaba con todas las noticias que no quería oír mientras me vestía.

Me bañé, me cepillé los dientes, exactamente la misma rutina que llevo haciendo desde hace ciento cincuenta años.

Pero esa mañana me sorprendí con algo que se salía de la rutina.

Me dirigí al buzón de comida en la puerta del departamento. La ración estatal venía acompañada con una grata sorpresa, ese anhelado frasco azul ¡Extracto de Fluido Vital!

Una chispa similar a la felicidad sentí que me brotó de la garganta. No tardé en llevar esa bandeja a la tabla de planchar vieja que se suponía era mi comedor.

En ese minuto todos los habitantes del distrito estarían en las mismas, disfrutando de un delicioso desayuno acompañado del Fluido Vital que no veíamos desde hacía meses.

De repente me acordé de la escena que armó la desarmada de Yerma anoche. Que hacían falta bebés, me gritó. Ojala me la tope en el pasillo (Vergüenza por lo de la noche anterior no tenía nada) para decirle te lo dije. Que te parece, justo a la mañana siguiente nos llega la ansiada ración de extracto de bebé.

Por supuesto que esa gorda perezosa no se interesaba solo en el nutritivo extracto de hormonas, proteínas y celular madre que representaba el bebé procesado (justo lo que necesitaban sus desagradables caderas), esa mujer era una de las más viejas “Matronas de la Revolución”. Mujeres que no trabajaban en otra cosa que en embarazarse. Ya preñadas el gobierno las mantenía y les daba distintos beneficios como comida nutritiva y otros tratos especiales hasta que concibiera. Claro que en cuanto naciera la criatura la debía entregar para volverla alimento de los hijos de la revolución. Con las drogas que le daban podía parir hasta cinco bebés de un solo embarazo fácilmente.

Aún recuerdo cuando tuve un bebé con ella. Fue cuando el gobierno me destinó al distrito popular de Maipo “Su vivienda definitiva” como decía el documento. Y así fue, llevo más de ciento cincuenta años viviendo aquí. La única recepción que tuve fue la de Yerma. Ya le empezaban a sobrar kilos en esa época, pero lo encontraba sexy en ese entonces. Hablamos un poco, me invitó a comer a su departamento y sin muchos rodeos hicimos el amor. Como hombre también podía tener unos pocos beneficios en mi papel de semental (Facilidades en mi proceso eran una de ellas), pero he ido detestando la idea por una experiencia que tuve. Cuando nos dirigimos al hospital a que concibiera, yo estaba con ella al momento del parto (se supone que el hombre no la acompañe, pero quería asegurarme de que el bebé naciera bien, en caso que lo contrario repercutiera en mi proceso). Era un parto de rutina, con todas las drogas que le dieron no sentía nada. De haber tenido una lima se estaría limando las uñas, pensé. Una de las drogas que le dan se supone que anestesia al bebé también, para que no nazca llorando. Pero no fue así, en cuanto nació el quirófano retumbó con un fuerte grito que no se escuchaba desde hacía años. Hasta en la sala de espera enmudecieron sorprendidos ante el poderoso llanto. “...Es un barón” exclamó el confundido doctor para romper el silencio. Algo que ya no acostumbraba decir, tampoco acostumbraba ver a muchos bebés llorando. Los pocos que tuvo la oportunidad de ver no gritaban con tanta fuerza, por lo que este nacimiento lo sorprendió aún más.

Casi nadie había visto a un bebé emitir ruido, tampoco verlo tan sano y rebosante de vida. Las enfermeras quisieron retenerlo un rato más para poder observarlo, pero el doctor sabía muy bien lo que eso podía

significar y lo envió sin demora a la sala de procesamiento del hospital.

Prácticamente lo arrebató de mis brazos. Extendí mi mano y quise decir algo al respecto, pero las palabras quedaron atoradas en mi garganta.

“Que extraño ¿no crees?” Me comentó Yerma como si nada. Yo no lo encontré extraño, lo encontré lo más hermoso que había visto en años.

Esa noche no pude dormir pensando en la pobre criatura. Hice un gran esfuerzo por bloquear ese recuerdo.

Mientras, transcurrido apenas un mes volví a ver a Yerma en los pasillos con otro hombre. “Adivina qué. Estoy esperando otro bebé”. Eso curiosamente también me dolió, no sé por qué.

Se diría que no le debió agrandar la forma en que lo hago. Tuvieron que pasar ciento cincuenta años en que se embarazó de todos los demás hombres del distrito antes de volver a mí. Que cosas, pensé.

También recordé el otro niño que tuve, ese fue cuando era joven y la revolución daba sus primeros pasos. Mi novia y yo éramos adolescentes y teníamos entre manos un embarazo no deseado. Un descuido que cometimos en medio del caos de la post guerra. El programa pro-aborto del nuevo régimen nos llegó como caído del cielo. Fue cuando la ingeniería genética daba sus primeros pasos en el proceso de dar a todos los ciudadanos que se integraran al sistema el gran regalo de la inmortalidad.

Todo era cuestión de desactivar un gen, decían los expertos. Pero aún sin el gen del envejecimiento se volvía necesario la ingesta de los nutrientes de un infante y su placenta para complementar el organismo de los Nuevos hombres de la Revolución.

Luego de ver los horrores de la guerra no dudamos en entregar a esa criatura a la trituradora para que

se le procesara.

Así comenzó el sistema, y de la mano vinieron los Procesos, pues el tratamiento médico de la inmortalidad era algo que se debía pagar de algún modo, por lo que se podría decir que lo pagábamos “A crédito”. Recién dos siglos después fuimos tomando consciencia del peso de los intereses. Y personas como yo, nacidas después de la guerra e inmortales de antemano por haber sido incubadas en los laboratorios génicos del régimen debían pagar su deuda con el Estado por haberlos creado, o como figura en mi ficha, por “Haber nacido”. Quizás para darnos algo que hacer con todo el tiempo que teníamos.

Pensando en todo esto se me fue quitando el apetito. Sin darme cuenta pasaron varios minutos en que me senté frente a la comida sin tocarla.

Se me hacía tarde, tenía que apurarme. La rutina era muy estricta y un atraso en mi llegada al trabajo podía hasta tener repercusiones en mi proceso “Incumplimiento laboral: Sujeto peligroso” se añadiría a mi ficha.

Devoré sin saborear la ración de leche, café y pan. También el frasco de drogas y antidepresivos que nos dan a todos los fichados peligrosos como yo. A estas alturas casi no me surten efecto. Solo me faltaba el frasco azul. Ese líquido de células totipotenciales y sustancias renovadoras era justo lo que necesitaba para curar mi asma por un par de semanas más. Era la inyección de vida que me hacía falta para volver a la vorágine laboral de siempre.

Sólo tenía la certeza de que tenía que salir al trabajo si o si. Pero también tenía claro que sin el Fluido vital no tendría la energía para realizarlo. Parecía simple, pero algo en mi interior no lo hacía simple.

El recuerdo de esas criaturas brotó desde mi inconsciente y me infundió un malestar que no podía

aplacar con el fluido.

No se en que estaba pensando, pero me fui sin beberlo.

En el camino a la oficina me fui haciendo consciente del agotamiento físico y mental que sentía, de repente no me sentí capaz de continuar caminando. ¿Sería capaz de morir con lo demacrado que me encontraba? Si el llanto de un bebé fue capaz de salirse del control químico del sistema porqué no el organismo de uno de sus inmortales. Con el vientre contraído y apoyándome con una mano en la pared descascarada del edificio vomité un líquido extraño. Fue poco, pero sentí que la vida se me fue con él. Me sentí capaz de quedarme paralizado en esa posición todo el día, o en eso, o simplemente desmayarme definitivamente.

La muerte se volvía una amiga que anhelaba ya no inconscientemente. Casi un amor imposible, era la paz que necesitaba con urgencia. El único escape que tenía a esta pesadilla en que vivía.

La única explicación que se me ocurre es la inercia. Literalmente por inercia debí llegar hasta la oficina. El hábito tan arraigado por las décadas de insertarme inexorablemente en un nuevo ciclo del sistema.

No morí, como tanto deseaba. Sólo perdí una hora antes de llegar a la oficina. Me retaron los funcionarios respectivos. Luego me dirigí a mi cubículo.

Tan desconcentrado estaba que timbré y mandé papeles lugares que no correspondían. A la velocidad que trabajaba se acumularon tantos papeles sin timbrar como platos en el departamento de Yerma. Me cansaba solo de mirarlos. Y la pequeñez del cubículo comenzó a ahogarme, no era asma, sino una sensación distinta, pero más asfixiante.

De repente surgió en mi mente la imagen de mi mismo en ese pequeño cubículo, en medio de un infinito

espacio oscuro. Me sentí solo, y sin nadie que viniera ayudarme. Las cuatro delgadas paredes por sus papeles pegados por todas partes comenzarían a contraerse. Triturarían el escritorio, el archivador, y luego a mí.

“¡Maipo 1-4-3-0! ¡Diríjase inmediatamente a la oficina del supervisor” Vociferó una bocina para todo el edificio. Se repitió con las mismas palabras para quien no hubiese oído.

La orden vino a sacarme de mis pensamientos, salí de mi escritorio y al cruzar el pasillo, cada uno de los oficinistas me lanzaba desde ambos lados del pasillo la punzante mirada reprobatoria que debían lanzar a todos los que citaban de esa forma a la oficina del supervisor. Era lo que menos me importaba, sólo trataba de medir lo que me tocaba ahora.

Llegué a la sobria e intimidante oficina del supervisor, que me observaba con cara de verdugo. Detrás del supervisor se veía nítidamente la imponente imagen del Gran Líder. Pantallas enormes cubrían casi toda la superficie de las paredes. Todas transmitían informes. Divisé a tres que seguían los movimientos de distintos empleados. Sujetos peligrosos como yo.

Sabía a donde me llevaría eso. La última audiencia la recuerdo con especial terror. Un salón oscuro, con un único podium donde se alzaba el imponente y dogmático juez. Lo que seguía era sólo dolor...

Fue luego de mi experiencia con el juez que comprendí la verdadera utilidad de los procesos, efectivas y baratas armas para doblegar el espíritu y reducir nuestra voluntad. Sin darnos cuenta, tras los latosos papeleos sólo se necesitaba de una o dos sesiones de tortura para terminar el trabajo.

No era una maquinaria legal la que funcionaba en este sistema. Sino una industria de aborregación.

Salí del edificio. Fui al paradero a esperar el transporte público, había una fila para subir. Esperé durante una

hora el autobús, y cuando logro subirme y paso mi tarjeta ante el sensor me llevo una sorpresa: “Tarjeta invalidada. Usuario peligroso” Leyó el aparato.

No tardaron en abuchearme para que me bajara y no entorpeciera más la fila.

Mi proceso ahora estaba en una fase crítica. Se me vetaban de prácticamente todos los servicios de la sociedad por mi condición. Mi nombre figuraba en las listas digitales de cada servicio tecnologizado. Había tocado fondo.

El camino a mi distrito era largo, mejor empezaba a caminar ahora, pensé.

Cruzo las principales calles del centro, atestadas de gente pálida y decaída. Más que pálida tienen un curioso tono gris, no se como explicarlo. Yo mismo estoy tan decaído que ni me preocupé por el asma.

Casi todas las calles son iguales. Con los mismos edificios grises, el mismo aire enrarecido y los peatones con la misma expresión.

No había niños, ni ancianos, ni colegios o universidades, tampoco había cementerios ni farmacias (todo medicamento era sustituido por el Fluido Vital, y los preservativos estaban estrictamente prohibidos).

Era el mismo escenario en todas partes, y sería el mismo escenario dentro de otros cien años. Era parte de la maquinaria del sistema que oscilaba, imparable, en un extraño e invariable movimiento perpetuo.

Me llevó tres horas caminando llegar a Maipo desde el centro. Tuve que pasar por las zonas de escombros, aquellas donde los efectos de la guerra aún eran visibles.

Allí en el distrito de Maipo se llevó a cabo una batalla decisiva para la Revolución Libertadora, y aunque ya habían pasado doscientos años el régimen no limpiaba ninguno de los edificios demolidos, ni los escombros que obstruían las calles.

Se volvió una carga adicional tratar de sortear todos los obstáculos y ruinas que me impedían el paso. Ya estaba cansado y los pies me dolían. Al ambiente seco de tierra y ruinas sólo contribuyó a aumentar mi sed. Bordeando un agujero lleno de cristales rotos tropecé y rodé entre unos montículos. Cuando finalmente paré estaba hecho un desastre. Hilos de sangre me brotaban de la cara y los brazos. Me tomé unos momentos antes de intentar incorporarme. Levanté la cabeza lentamente, y mi atención de pronto se vio captada por un extraño objeto entre los escombros del montículo.

Me acerqué lentamente y lo desenterré con cuidado. Tamaña sorpresa me llevé a medida que lo desenterraba. Era un objeto proveniente de otra época, la de los cambios. Un objeto poderoso, letal y fascinante.

Un revolver. Lo limpié y lo analicé de cabo a rabo. Saqué la tierra de mis uñas para poder usarlas para abrirlo. No tuve mucho cuidado, no me importaba matarme si me equivocaba.

En verdad era un objeto milagroso. Le quedaban dos balas. Solo dos. Lo suficiente para desestabilizar todo, para hacer cambios. Una de ellas sería para acabar de una vez por todas con este sufrimiento, pero la otra debía ser para... sabía exactamente para quién debía ser.

A la mañana siguiente estaba de vuelta en el centro, en uno de los principales parques donde se haría un desfile militar.

Esa noche no llegué a mi departamento. Dormí en la calle, en una banca, sabía que así ahorraría tiempo, pues el desfile sería temprano en la mañana. Ese mismo día tenía mi audiencia con el juez, así que debía aprovechar mi oportunidad.

Llevo cerca de un día sin ingerir alimentos y tengo la lucidez suficiente para darme cuenta de algo: No estoy tan lerdo. Me siento más lucido, puede recordar más cosas, y estoy casi seguro de que es porque algo le añaden a nuestros alimentos, alguna droga que no nos deja pensar ni recordar cosas importantes. De repente miro hacia atrás y me sorprende el hecho de que llevo haciendo exactamente las mismas cosas desde hace ciento cincuenta años. Que locura, no se como lo debí soportar.

A todos nos deben dar drogas de algún modo.

Y aquí viene mi objetivo.

Primero las escoltas, la comitiva, uniformados y más uniformados en motocicletas y autos. Luego se asoma el vehículo donde viene el líder. Enorme e imponente, era el cruce perfecto entre una limosina y un alargado Humvee. Preparado para desfiles y para atentados. Todo en el era negro, las ventanas estaban arriba y no se veía nada en su interior. Posiblemente el ni siquiera este en su interior. Ojala no sea así. Preparé el arma, sólo tenía una oportunidad, una bala para él, luego para mí.

Fue avanzando el desfile. La música marcial, las marchas de los soldados, y finalmente bajaron el vidrio de una ventana del vehículo.

Y se le ve, por primera vez se ve su cara en público en años, estaba igual que en la propaganda, sus rasgos juveniles y vigorosos tan fuertes como siempre. Fluido vital por todos lados. Pero había algo distinto.

Algo que me sorprendió mucho.

Su expresión no era la misma. Ya no irradiaba poder, ni autoridad, ni ambición. Vi el mismo rostro que yo llevo viendo en el espejo desde hace tiempo. Unos ojos opacos, pero de mirada inteligente. Una mirada que se cruzó sin lugar a dudas con la mía.

Fue un destello de inteligencia que irradió por sólo un

momento de descuido que se salía de su inescrutable rostro de militar. Parece que yo fui el único que lo captó, y me dijo tanto, aunque parezca una locura sé lo que quiso decir con esa breve mirada “Comparto tu dolor”.

Levanté el arma, le apunté directamente en la cara. Pero su expresión no cambió, en lo más mínimo.

No disparé, de repente caí en la cuenta de que no cambiaría nada.

Claramente él vio el arma, pero por suerte nadie más me prestó atención. La indiferencia a morir de ese hombre me abrió los ojos a un hecho que creí imposible: El mismo dictador se cansó de ser inmortal.

No es ley que las mujeres tengan bebés, pero los beneficios para que los tenga son tales que es casi una ley explícita. Un deber del ciudadano darle vida al Estado.

El sexo ya perdió su gracia, en algún minuto dejó de ser lo que era.

Aún así lo hice con Yerma anoche. No me llevó mucho tiempo reconciliarme con ella, pues la habían rechazado varios hombres desde nuestro último encuentro. Gran esfuerzo tuve que hacer, tomé unas pastillas “para hacer bebés” como les decimos hoy en día y me mantuve pensando todo el tiempo en mi novia de la adolescencia y en mi segundo hijo.

Ya no me atrae ninguna mujer. Casi todas están gordas o con bastante celulitis en las caderas producto de tantos embarazos que han tenido. Y es que el gobierno hasta dobla las raciones de alimento a las matronas.

Nadie habla de esto, pero el placer se perdió. De ese estoy seguro, nadie tiene un cuerpo biológicamente mayor a los cuarenta años, pero la naturaleza se las arregla para expresar el desgaste de todas las demás

formas posibles.

Somos todos ancianos jugando a ser sementales y matronas, y por las razones equivocadas.

Por eso mismo estoy aquí, en la clínica del centro. En este lugar tuve a mi segundo hijo, y ahora tendré al tercero.

Gracias al embarazo de Yerma las medidas restrictivas de mi Proceso se "Ablandaron" y mi audiencia con el juez se postergó para después del parto.

Todos mis colegas me aconsejan que embarace a más mujeres antes de que Yerma conciba para seguir postergándolo. Ya no le hago caso a esos idiotas.

Si mi plan sale bien esto debería acabar hoy mismo.

Todavía conservo el arma, pero la usaré de forma distinta.

Tengo la certeza de eso, de que si hay esperanza y podré cambiar algo.

Por eso empecé a escribir un diario, uno donde plasmo todo lo que siento, pienso y creo. Algo que nunca se me hubiera ocurrido hacer precisamente porque me matarían de ser descubierto y porque, no habría nadie quien lo leyera. No vislumbraba un futuro con nuevas generaciones y con un gobierno distinto que se interesaran en él. Pero ahora se que es posible soñar con un mundo futuro sin el Dictador Supremo.

Lo empecé hace solo una semana por seguridad. Mientras más tiempo lo tuviera en mi poder más probable era que me descubrieran. Me fue difícil hacer el tiempo por el hecho de que tenía que cuidar a Yerma (y ella era bien metiche), pero creo que logré escribir todo lo importante, lo principal del monólogo que me daba vueltas en la cabeza desde hacía décadas.

Mi plan parecía una locura, pero tenía su razón de ser. Aunque matara al general lo más probable es que

alguien de esa legión de “Amos” asumiría en su reemplazo. Evidentemente él era un títere a estas alturas. Aunque cambiara a un hombre, no cambiaría a todo el sistema. Y de algo podía estar seguro, él se suicidaría de todas formas, eventualmente.

Me lo imagino solo y atormentado en su enorme y lujoso palacio, en esa pesadilla en que se debió convertir su deseo de poder e inmortalidad. Él tenía una capacidad que yo recién estaba desarrollando: La de cansarme, hartarme de tanto tiempo sin significado ni propósito real.

Con un poco de suerte recordará mi cara, al día siguiente del atentado saldrá en todas las pantallas de la Nueva Gran Nación. Seré reconocido y odiado como el terrorista y enemigo público número uno.

Pero sembraré una chispa de esperanza para todos aquellos que quieren cambios.

Y ahí entraba la parte más práctica de mi plan: Hacía años que no se producían más ciudadanos en los centros de incubación. Tendrían que hacerlos, pues hoy le iba a quitar unas cuantas docenas de vidas al régimen, y ni una sola puede faltar en su apretado y restringido sistema.

Había que cortar el ducto de alimentación de un nuevo dictador.

Llegó el gran día. Llevé a Yerma al hospital. A mí me hicieron esperar afuera, como siempre. Pero en cuanto vi a una enfermera entrar con toallas al quirófano, me introduje también. Todo el mundo me dijo que saliera, el doctor me grito con una insufrible expresión. Yo sólo saqué mi pistola y todo el mundo quedó helado.

Hace dos cientos años el programa genético del nuevo régimen nos hizo inmortales a todos. Y desde entonces no ha habido más cambios. El propósito del Dictador Supremo y de sus “Amos” era estancar la historia,

quedarse en el poder eternamente, y lo consiguieron. Como consecuencia este régimen no tiene ningún tipo de oficina de inteligencia o represión, la última cerró ya varias décadas cuando se terminó de aborregar a la población. Supongo que consideraban que era un gasto innecesario (Lo ahorrado seguramente va directamente a sus bolsillos). Todavía había cámaras por todos lados, pero su lentitud en el actuar reveló lo decadente que se había tornando su represión.

Yo mismo lo pude demostrar. Pude salir del hospital sin disparar un solo tiro. Todo el mundo quedó atemorizado con la olvidada imagen de un revolver. No fue muy difícil provocar un incendio en el hospital. Ni escapar en una camioneta inmediatamente después, con mi hijo.

Este régimen tiene que caer algún día, lamentablemente no sé si yo viva para verlo.

Ya estoy a varias horas de la ciudad, no hay nadie en el camino, pero no puedo arriesgarme. Albergo la leve esperanza de encontrar algo así como una resistencia que me socorra. Lo más probable, en realidad, es que pase el resto de mis días solo, tratando de criar a este pequeño bultito de toallas y cara rojiza que viaja conmigo en el asiento del copiloto.

Haré un gran esfuerzo por vivir más. Por primera vez en mi vida quiero vivir, tengo un propósito. Pero ya no fuerzas. Mi cuerpo está claramente cansado. Hace semanas que no tomo Fluido Vital, y ya siento los efectos de ello. Pero tengo que vivir, este bebé a mi lado es la esperanza encarnada. Adán lo he llamado, un nombre muy adecuado.

Disminuyo la velocidad, y hago una parada junto al río. Mis manos tiemblan, y mi visión se torna borrosa. Afortunadamente logré robarme un par de frascos de fluido vital antes de irme del hospital. Abro el frasco y estoy a punto de verterlo en mi boca, pero mi hijo

comienza a llorar. Es un llanto tenue, pero milagroso. Las drogas que le dan para no llorar ya no surten efecto, ha llorado por primera vez y ha entrado oficialmente a la vida.

Titubeo, pero finalmente le doy el frasco como si fuera un biberón. Mientras lo hago, observo el paisaje. No hay nadie más que nosotros, y la silueta del ocaso se recorta hacia el final del río. El agua es la más blanca que he visto en años. Tomo firmemente a mi hijo en brazos, y le digo:

–Ten hijo mío, tú lo necesitas más que yo.

Diego Escobedo comenzó a escribir cuentos desde muy joven. A los doce años ganó una mención honrosa en el concurso Juegos Literarios Gabriela Mistral 2006, de la Municipalidad de Santiago. Ha publicado cuentos y artículos de ciencia ficción en distintos sitios de Internet (entre ellos, ciencia-ficcion.com y tauzero.org). Es estudiante de periodismo en la Pontificia Universidad Católica de Chile, y ávido lector de Isaac Asimov, H.P. Lovecraft, Hugo Correa e Isabel Allende.

Mantiene un blog donde sube la mayoría de sus escritos: diegoescobedo.blogspot.com.

Su cuento, *Fluido Vital*, es una respuesta a su interés por la obra de George Orwell y por la dictadura del general Augusto Pinochet".

La cola de lagartija

Ferrán Varela Navarro

Para cuando el doctor llegó, Pinedo ya estaba muerto. Su decrepito cuerpo yacía tumbado en la cama, con las piernas enredadas en la manta y las manos engarfiadas sobre el pecho. Su rostro, vuelto hacia la ventana, reflejaba un rictus de dolor que ni la Parca había logrado suavizar. Un charco de bilis y sangre empapaba el colchón. El pobre hombre había sufrido lo indecible.

El suspiro que soltó el viejo doctor fue tan sentido que acalló por un instante el térreo siseo del vendaval. Se dejó caer en el sillón que presidía la habitación y se masajeó las sienes con los dedos, como si con ese gesto pudiese ahuyentar las preocupaciones que rondaban su cabeza. Pinedo había fallecido. Uno más, y ya iban doce este mes. Si el invierno se alargaba más de la cuenta, la gripe y la neumonía acabarían con todos ellos.

Miró al muerto. Sus vidriosas pupilas estaban clavadas en el ventanal, gritando una acusación muda hacia el cielo nocturno. La estrella polar se hallaba sola en el firmamento, pues su luz era la única lo bastante brillante como para atravesar la densa capa de contaminación que dominaba la atmósfera. El doctor esbozó una sonrisa triste. El pobre Pinedo ni siquiera lanzó sus últimos insultos en la dirección adecuada. Aun en el improbable caso de que la polución se disolviese de pronto y las constelaciones se volviesen de nuevo visibles, la del centauro seguiría sin poder contemplarse desde el hemisferio norte.

El doctor guardó silencio un momento. Aunque en un principio intentó evocar algunos de los recuerdos que

conservaba del muerto que estaba velando, sus pensamientos pronto se desviaron hacia más allá del Sol. Volaron a través del espacio y el tiempo y no se detuvieron hasta alcanzar el sistema estelar triple de Alpha Centauri, a cuarenta y un billones de kilómetros de distancia. Cuarenta y un billones. Un número tan alto, de una escala tan descomunal, que el doctor no aspiraba a llegar a comprender.

Al cabo de un buen rato, cuando su mente regresó por fin a la realidad, el doctor se incorporó emitiendo un quejido. Se abotonó el abrigo hasta arriba, se ajustó la máscara antigás y sacó de su maletín una caja de cerillas. Tomó una, la encendió con cuidado y la arrojó sobre el colchón. Luego se puso el sombrero, dio media vuelta y, sin esperar a que el fuego prendiera, se marchó.

La verdad es que hubiese preferido darle a Pinedo un final más elegante, pero en la comunidad ya no quedaba nadie con las fuerzas suficientes para cavar una tumba y, además, como médico era responsable de eliminar los posibles focos de infección que encontrase. En cuanto a los daños materiales, no le preocupaban. Un bloque de pisos abandonado menos. ¿Qué más daba? Podría calcinar el mundo entero, quemar toda esa tierra estéril hasta convertirla en ceniza, y ello no supondría una gran diferencia en el día a día de su grupo.

Sin embargo, fue peligroso. La edad no perdona y, a sus ochenta y cuatro años, el doctor tardó casi tres minutos en bajar el pequeño tramo de escaleras que conducían al portal. Por fortuna, el fuego tiende a subir, así que el incendio no llegó a alcanzarle antes de que abandonase el edificio.

La pira funeraria ardió con la furiosa belleza de un

amanecer. Las lenguas de fuego acariciaban un cielo pardo y gris, tornándolo naranja y dorado. Era un espectáculo hipnótico. El doctor no pudo apartar la vista de él mientras, ya en la calle, le daba vueltas a la manivela de su linterna dinamo. Se sintió tentado a quedarse allí, admirando las llamas a través de las empañadas lentes de su máscara antigás, y dejar que la ventisca tóxica le congelara el tuétano de los huesos. Lo habría hecho de no ser por que un pitido, el que indicaba que la batería de la linterna había acabado de cargarse, le sacó de su trance. Tuvo que obligarse a sí mismo a adentrarse en las oscuras calles de la ciudad recordándose que la melancolía era la más mortal de las enfermedades.

—¡Estaba a punto de salir a buscarte! —exclamó Fajardo tan pronto le vio entrar por la puerta del hospital—. ¿Cómo está Pinedo? ¿Por qué no ha venido hoy a por su ración de víveres?

—Ha muerto —respondió el doctor.

Lo dijo en voz baja, tras el filtro respirador y casi sin despegar los labios. Estaba seguro de que Fajardo, con sus problemas de sordera, no había sido capaz de oírle. Y aunque así era, Fajardo captó el mensaje al instante. Lo leyó en el gesto cansado con el que su viejo amigo sacudía el polvo del abrigo, en la parsimonia con que arrastraba los pies, en la desesperanza que brillaba en sus ojos.

—¡Ese estúpido cabezota! —maldijo a voz en grito—. ¡Si se hubiese instalado con nosotros en el Asilo en vez de empeñarse en quedarse en su piso podrías haberle salvado!

—Cada cual es libre de elegir estar solo, no teníamos derecho a exigirle que se uniese al grupo —apuntó el

doctor, despojándose de todo lo que llevaba encima salvo del maletín y acercándose a la mesa donde Fajardo hacía inventario de las provisiones que quedaban—. Y no lo llames “el Asilo”. Es deprimente.

—¿Y cómo lo voy a llamar? ¿La guardería? Aquí el más joven ronda los setenta y cinco.

—La comunidad. Inspira más confianza en el futuro y rezuma menos sarcasmo.

—¿Cómo? —preguntó Fajardo, colocándose la mano tras la oreja a modo de bocina.

—¡La comunidad! —insistió el doctor en un tono más alto.

—¡Bah! —rechazó el otro con un gesto de desprecio—. Eso no solo es deprimente, sino que además no tiene gracia.

Las arrugas del doctor se torcieron en una media sonrisa. No importaba lo mal que fuesen las cosas, el humor cínico de Fajardo siempre lograba despertar en él una chispa de optimismo. Era un remedio natural contra el desasosiego. Mas la algarabía duró poco, pues el doctor se fijó en que el inventario en que su compañero trabajaba estaba lleno de tachaduras. No presagiaba nada bueno.

—¿Alguna novedad? —se interesó—. ¿Hemos encontrado medicinas de verdad?

—Nada. Aunque no lo parezca, ya han pasado catorce años desde el Éxodo. Nuestros “boy scouts” tienen que ir cada vez más lejos para encontrar una farmacia o un supermercado sin saquear —contestó Fajardo en un gruñido. Arrojó el lápiz a la mesa y miró a su amigo a los ojos antes de añadir—: Hablando del tema, vamos a tener que empezar a racionar la gasolina. Si seguimos a este ritmo, pronto nos veremos obligados a mandar a los chicos a “la compra” conduciendo sus

bastones en lugar de un camión.

Fue un buen intento, pero ni siquiera la broma pudo evitar que un ominoso silencio creciera entre ellos, pues ambos conocían la cruel verdad que se ocultaba tras esas palabras. Una verdad tan dolorosa como inevitable.

Al final fue el doctor quien rompió la barrera, expresando lo que los dos estaban pensando:

—El generador eléctrico consume demasiado. Es un lujo que la comunidad no puede seguir permitiéndose.

Fajardo asintió. No le gustaba, pero desde el principio supo que ese día iba a llegar tarde o temprano. Tragó saliva y trató de levantarse de la silla. No pudo. Al bajar la vista hacia sus piernas, se percató de que temblaban. Al otro lado de los muros del hospital, el viento ululaba con tal violencia que amenazaba con arrancar los restos de toda creencia o moral que quedaran en esas tierras baldías.

—No te preocupes, yo me encargo —se ofreció el doctor, posando una mano sobre el hombro de su compañero—. Lo desconectaré después de hacer la ronda.

—Gracias —consiguió sollozar Fajardo—. Gracias.

Maletín en mano, el doctor recorrió los solitarios pasillos de la planta baja, en cuyas habitaciones se alojaban los enfermos más graves. Treinta y dos personas que el doctor atendió con paciencia infinita. Les arropó con mantas, midió su temperatura con termómetros de mercurio y prestó oído a sus penas antes de prodigarse en remedios contra todo mal. Fiebre alta y sudores fríos: una vigorizante pastilla roja. Tos con

esputos sanguinolentos: dos reparadoras pastillas blancas. Taquicardia y quemazón constante en el pecho: la milagrosa pastilla amarilla.

Pero aunque ningún paciente le preguntó al doctor por qué todos los medicamentos sabían a azúcar, él veía sospecha en las expresiones de los más avisados. El truco del placebo no funcionaría eternamente.

Se retrasó todo lo que pudo. Alargó la ronda con charlas intrascendentes y cuidados innecesarios. Se olvidó el maletín varias veces y varias veces volvió a por él. Acortó los pasos y rebajó el ritmo. Pero a pesar de sus esfuerzos, alcanzó la última puerta. Tomó aire y lo retuvo unos segundos antes de exhalar. Por pura costumbre, llamó para anunciar su llegada. La única invitación que recibió para entrar fue el rítmico siseo de los respiradores artificiales. Cerró la puerta tras de sí y avanzó hasta el centro de la habitación, colocándose entre las cuatro camas.

Le hubiese sido más fácil desconectar el generador eléctrico sin más preámbulos, mas no lo hizo. Aunque incapaces de valerse por sí mismos, la señora Cruz y los señores Hernán, Pérez y Leyva seguían siendo personas. Al menos les debía una explicación.

—No sé si podéis oírme —comenzó el doctor, nervioso—. Os hablo desde más allá del sueño de los sedantes. Quizá para vosotros no soy más que un murmullo confuso. Aun así, tengo algo que deciros. Me temo... me temo que traigo malas noticias.

» La gasolina se acaba y nos vemos obligados a elegir qué hacer con lo poco que nos queda. El generador es importante. No porque nos brinde luz eléctrica y calor, sino porque hace funcionar los respiradores que os mantienen vivos. Sois un símbolo, la prueba de que nuestra comunidad no ha sucumbido al desánimo.

Todos os queremos. Pero el grupo necesita combustible para mover el camión. Es esencial para conseguir víveres, sin él pereceremos todos. Así que... yo... lo siento. Lo siento mucho. Adiós, amigos míos. Descansad en paz.

Con paso solemne, el doctor se acercó al generador, abrió la tapa de seguridad que cubría el interruptor de apagado y... dudó. Trató de convencerse diciéndose que esa era la única opción, que en realidad no les estaba matando, pues de todas formas tanto los sedantes como el suero con que los alimentaban se acabarían muy pronto. Desconectarlos era racional. Era racional. ¿Por qué era incapaz de pulsar el botón?

—Tenéis que entenderlo —imploró el doctor a sus pacientes—. Somos más de trescientos y vosotros solo cuatro. ¡Cuatro! Y ya estáis muertos de todas formas. No hay esperanza para ninguno de vosotros. La comunidad no puede manteneros. ¡Necesitamos la gasolina! ¡Necesitamos esos sedantes! No podemos desperdiciar recursos en vosotros, que nunca los podréis reponer. Si nos quisierais como nosotros os queremos, deberíais estar dispuestos a sacrificaros y alegraros por quienes gracias a ello seguiremos vivos. —Las manos del doctor se crisparon en puños. Sus ojos se anegaron en lágrimas—. ¡Alegraos! ¡Sonreíd, maldita sea!

Cuando salió al pasillo, se encontró a Fajardo esperándole. Una mirada bastó para que comprendiera que el doctor no había sido capaz de hacerlo. Caminaron juntos por el corredor, perdido cada uno en sus propios pensamientos, en una quietud solo interrumpida por los tosidos que emergían de las habitaciones.

—¿Cómo se las apañarán ellos con el combustible?
—preguntó Fajardo, al cabo. No aclaró a quién se refería. No era preciso.

El doctor podría haberle explicado a su compañero que, en el vacío del espacio exterior, no existe nada que pueda frenar la nave a base de fricción. Por lo tanto, basta contar con el combustible necesario para acelerar a la velocidad deseada, apagar motores y dejarse llevar por la inercia hasta que llegue el momento de frenar. Esto, combinado con los escasos nutrientes que consume un humano suspendido en criosueño, debería permitir al hombre llegar a cualquier punto de la galaxia. En teoría al menos, el factor clave a la hora de navegar por el cosmos era que la nave estuviese diseñada para resistir por sí sola el paso de mucho, mucho tiempo. Y el único requisito para construirla, que el mundo en que se fabricase dispusiese de los recursos suficientes para ello.

Pero el doctor estaba cansado y lo último que quería era iniciar una larga exposición sobre temas que solo comprendía a grandes rasgos. Así que, en lugar de eso, respondió:

—No estoy seguro, pero no te preocupes demasiado. Aún estarán durmiendo unos cuantos años y, cuando lleguen a su destino, sabrán apañárselas solos.

—No me preocupan lo más mínimo —replicó Fajardo, despectivo—. A ellos no les importó abandonarnos a nuestra suerte. No puedo creerme que no les guardes rencor.

—Son nuestros hijos, Fajardo. Un padre quiere lo mejor para sus hijos —trató de calmarle el doctor—. Si este mundo infecto ya no les brindaba alimento, hicieron bien en marcharse. No negaré que es una

lástima que la Tierra no contase con los materiales ni los medios para construir más naves y que alguien tuviese que quedarse fuera por falta de espacio. Pero, a la hora de elegir quién subiría a bordo, la humanidad actuó con lógica.

—¿Con lógica? —estalló Fajardo, vehemente—. Ejecutaron a todos los criminales, incluso a los que habían cometido delitos menores. Practicaron la eutanasia a los discapacitados. Hicieron redadas planetarias para llevase a rastras a gente que hubiese preferido morir aquí.

—¿Qué otra cosa podían hacer? ¿Dejarnos en un planeta a merced de los vándalos? ¿Permitir que los discapacitados muriesen de asfixia o de hambre? ¿Reducir su acervo genético solo porque algunos locos preferían perecer en un mundo en ruinas a viajar por el espacio?

—Tienes suerte de que esté medio sordo y no haya oído la cantidad de tonterías que intuyo que acabas de decir.

—No puedes culparles —intentó sosegar a su amigo—. Se llevaron a los que podían ser útiles, no a los que necesitarían más cuidados.

—Se llevaron a los perros, doctor. ¡A los malditos perros! —exclamó, indignado, su compañero—. Y a los viejos nos dejaron aquí, vagando como cadáveres andantes en un mundo muerto.

—Se llevaron ADN de perro —corrigió el doctor—, al igual que de otros animales domésticos que pudiesen ayudar en caso de que el planeta de destino necesitase terraformación. Además, las cosas no han cambiado tanto desde nuestros días; yo mismo ingresé a mi madre en una residencia para ancianos y no la visitaba más que por su cumpleaños. El mañana siempre ha pertenecido a los jóvenes.

—Mi futuro era mío, por muy corto que fuese. Mío.

—El hombre bajó la vista para mirarse las manos.

Estaban agotadas, viejas, vacías—. No tenían derecho a arrebatármelo.

—Era cuestión de vida o muerte —le consoló el doctor—. Una lagartija no se desprende de su cola por gusto. Lo hace para soltar lastre, para facilitar la huida y para sobrevivir. La humanidad actuó igual. El Éxodo no nos dejó atrás porque quisiera, sino porque tenía que hacerlo.

Se detuvieron en seco. Absortos en la discusión, sus pies les habían llevado frente a la habitación del doctor sin que se diesen cuenta. Se despidieron con un incómodo “buenas noches” y un tenso “hasta mañana”.

—Doctor —le llamó Fajardo antes de que este cerrara la puerta—. Ya se que es una decisión irracional que no va a darnos más que problemas, pero me alegro de que no desconectaras el generador. Me alegro de que no seamos como ellos.

Y, dicho esto, se alejó por el pasillo sin mirar atrás.

El doctor se sentó al borde de la cama. Le dolían todos los huesos del cuerpo; había sido un día muy largo. Emitiendo un suspiro, tomó un portarretratos de la mesita de noche. Tras el cristal agrietado, dos rostros le devolvieron la mirada. Daniel y Marta le sonreían como si nada hubiera pasado. Como si nunca se hubiesen ido. Como si no le hubieran abandonado en un planeta que agonizaba.

Sintió crecer la rabia que albergaba en su interior. La mayor parte del tiempo no era más que una pequeña semilla de angustia, una presión en su pecho que se esforzaba por ignorar. Pero, en ocasiones como aquella, cuando se quedaba a solas y sin nada más que hacer

que esperar a que el sueño le venciera, sentía que el dolor le desbordaba y salía al exterior en una explosión de impotencia airada. Arrojó la fotografía contra la pared, y esta vez el cristal estalló en mil pedazos. Se quedó mirando el mosaico de vidrio que rodeaba el destrozado portarretratos mientras el silbido del viento tóxico vibraba contra la ventana. La monótona melodía enfrió su furia. El afilado polvo y la venenosa miasma que el eterno vendaval arrastraba erosionó la montaña de su odio hasta convertirla, de nuevo, en una gema de profunda tristeza. Una gema negra como la obsidiana.

Recogió la fotografía, tan arrepentido como siempre, e hizo las paces con sus hijos dándoles un beso a cada uno. Después los devolvió a la mesita, su altar particular, y se acurrucó bajo la manta. Lloró hasta quedarse dormido.

En sus sueños, una nave surcaba un cielo pardo y gris en busca de una tierra fértil y hermosa. Desde el suelo, con las patas atrofiadas y medio hundidas en el fango contaminado, un mar de lagartijas la despedían haciendo bailar sus colas.

Ferran Varela Navarro nació en 1988 en Barcelona. Creció pegado a los libros, los cómics y los videojuegos, pese a lo cual encontró tiempo para cursar la carrera de Derecho y licenciarse en 2011. Actualmente ejerce de abogado, trabajo que compagina con su afición por la escritura. Es autor de un puñado de relatos, entre los que destacan *El Ariete*, ganador del I premio de relato fantástico y de terror Etrebol; *Lux Mundi*, accésit del IV premio Ovelles Elèctriques; y

Preta , finalista destacado en el II certamen de relato temático TerBi. Su primera novela, *El Arcano y el Jilguero* , una historia de fantasía oscura sobre la culpa, la redención y la venganza, anda en busca de editor.

Morituri te salutant!

Vicente Hernández López

P r ó l o g o

Cuando el año pasado la Unión Europea anunció la nueva medida para el control de la superpoblación nadie dio crédito a lo que se proclamaba. Bien cierto era que algunos de los dirigentes, y grandes industriales de las más prestigiosas corporaciones, que avalaron la medida, eran personas con más de seis decenios de vida. Pero aún así, pocos ciudadanos compartieron la descabellada e inhumana ley. Con ella se cortaba el acceso a la sanidad a quienes cumplían esta edad. No era un corte radical pero sí con unas restricciones paulatinas que iban aumentando hasta los 65 años. El sesenta y cinco cumpleaños implicaba no poder recibir ningún tipo de medicamento ni atención sanitaria; sólo eutanasia, por ello fue popularizándose, haciendo referencia a la nueva ley, la famosa frase de los gladiadores romanos: ¡Los que van a morir te saludan! Había que disminuir la población mundial –sobre todo la europea–, y el control de la natalidad, que años atrás se había impuesto, no lograba que esta minoración fuese significativa, sólo acrecentaba el envejecimiento; conforme se restringía la natalidad el índice de personas mayores aumentaba.

La situación social, que llevaba años deteriorándose por los desequilibrios del trabajo, la longevidad y el caduco sistema de pensiones, tuvo su cenit cuando en la navidad del 2070 –un año antes de aplicar la ley–, se apreció con notoriedad que la situación se hacía insostenible. Esto generó la irremisible obligación de estimar urgentes propuestas. La sociedad necesitaba nuevos enfoques a corto, medio y largo plazo. Por ello

los gobernantes se vieron comprometidos a buscar un modelo de convivencia ágil que fuese capaz de ir adaptándose a los cambios que década a década no cesaban de producirse; la sociedad avanzaba con mucha celeridad.

Por aquellos días en el parlamento se estaban debatiendo los diferentes proyectos que los grupos políticos habían presentado para lograr este equilibrio; pero el hecho significativo era que ninguno alcanzaba el consenso o lograba dar respuesta a todos los problemas que la superpoblación y el envejecimiento de la ciudadanía planteaban.

Enredados en este debate, y sin más explicación, los dos partidos mayoritarios salieron ante los medios de comunicación anunciando, de forma conjunta, la nueva medida que se iba a presentar. Entre ambos grupos formaban el 74 % de la representación ciudadana europea, por ello en apenas un mes los diferentes edictos que daban contenido a la resolución fueron entrando en vigor; de eso hace un año. Una alocada barbarie que fomentó la atención sanitaria clandestina, ilegal y practicada por no profesionales, el robo con el posterior contrabando de medicamentos, grandes manifestaciones en todo el continente y la muerte de miles de personas por la falta de la sanidad precisa; aunque era innegable que los muy adinerados vulnerarían la ley con gran soltura y la seguridad que les podía proporcionar su economía. El primer mes de aplicación fallecieron más de un millón de enfermos crónicos, todos ellos con más de 60 años; de ahí: *¡Morituri te salutant!*

Capítulo I

Era la mañana del segundo lunes de enero; fría, casi gélida. Sobre el asfalto se podían ir viendo como las pisadas que tras de sí dejaba Henry Lefevre quedaban

incrustadas en la fina capa de nieve que, como una blanca nube, cubría cuanto alzaba cara hacia el firmamento. Iba, cabizbajo, por el « *Boulevard du Palais* » camino de la Prefectura de Policía. Era su ruta cotidiana, ya que, tras aparcar su aerodeslizador al otro lado del Sena, cruzaba por el « *pont ou Change* » y se adentraba en la sempiterna belleza de la « *Île de la cité* »; cerca, muy cerca de « *Notre Dame* ». Hacía semanas que su paso no era el habitual. Era debido al peso de ciertos acontecimientos que, por su extrañeza, poco usuales hasta el momento y su reiterada aparición en casi toda la geografía de la Unión Europea, no cesaban de martillearle toda su gran capacidad de investigación; de ahí el lento caminar que esgrimían sus pasos. Sin embargo quien le causaba ese lastre era su profesionalidad que, sin percatarse, le azuzaba el pensamiento de que tras ello habían circunstancias punibles, trágicas y de mucha trascendencia para la ciudadanía europea.

De forma personal se había puesto en contacto con amigos de otros estados de la Unión. Al igual que él estos colegas no cesaban de ver idénticas coincidencias con nulas explicaciones que determinaban terribles sospechas.

Nada más entrar en su despacho, el capitán Lefevre, jefe de la Unidad de Investigación de Personas Desaparecidas y Secuestros del Cuerpo Policial de La Unión Europea, vio en la holopantalla de su ordenador la portada de « *Le Figaro* ». Al instante, casi sin darle tiempo a percatarse de lo que en titulares destacaba, su ayudante, el sargento Tabard, le dijo desde el despacho contiguo:

—¡La quinta muerte en este mes! Y es un alto político alemán.

—¿Qué edad tenía? —preguntó el capitán, sentándose en su mullido sillón y centrando la vista en la noticia.

—Sesenta y dos —respondió el sargento a la vez que alcanzaba el lateral de la mesa de su superior.

—En realidad no está muerto —matizó el capitán.

—Pero no tardará. Todos los que han aparecido en su estado no han vivido más de un mes; es un hecho —aseveró el sargento.

—¿Y ahora quién será el siguiente? —preguntó el capitán, aunque era más bien una reflexión que se hizo a sí mismo y en voz baja.

—No me extrañaría que fuese aquí en Francia. Hace tiempo que no se han dado estos casos en nuestro suelo —aclaró el sargento Tabard, aportando respuesta a la cavilación del capitán—. De todas formas es en Italia y en España donde han aparecido las otras personalidades en ese reiterado estado vegetativo —expuso.

Tras los comentarios, la jornada para capitán y sargento comenzó siguiendo los patrones que de ordinario les marcaba la agenda de trabajo; muy amplia, por cierto. Aunque en sus pensamientos siempre estaban presentes los acontecimientos e incógnitas que rodeaban esos extraños sucesos. Algunos periódicos habían intentado profundizar en ellos, pero en todos los casos fue imposible hallar indicios de criminalidad. De igual forma, cada uno de los forenses que efectuaron autopsias, amparados por resoluciones judiciales ante denuncias de familiares, no llegaron más allá de concluir que se trataba de muertes naturales por fallo cardíaco; sin apreciarse otras circunstancias que hicieran presuponer algo diferente. Sin embargo nadie explicaba esa ausencia de voluntad y raciocinio de sus últimos días.

El hecho significativo que estaba motivando las indagaciones de Henry Lefevre provenía de una concatenación de acontecimientos que, de forma idéntica e inmutable, no cesaban de darse en estas

peculiares muertes. Uno de los elementos comunes en todos los casos era la adhesión a la nueva ley que el sujeto hizo, y sin cortapisas, cuando se promulgó; aunque había otros que lo estaban haciendo en la actualidad –siempre efectuadas por personas de más de 60 años, o próximos a ellos, y con cargos políticos de muy alta relevancia, banqueros, directivos de grandes corporaciones e industriales del mayor nivel–. En un momento determinado, augurando su posible muerte por la edad y el seguimiento que iban a realizar de esa descabellada directiva comunitaria, designaban a un colaborador o sucesor. Un tiempo después –meses–, se producía la retirada o dimisión por enfermedad. Y al poco, una indeterminada mañana, el sujeto despertaba en estado vegetativo; sin habla, entendimiento o signo alguno de capacidad mental.

Por más análisis o pruebas que se les realizaba siempre aparecía el mismo patrón o secuencia de conclusiones: inexistencia de motricidad, habla y un encefalograma plano; sólo les funcionaba el sistema vegetativo que se apagaba a las dos o tres semanas. Otra de las particularidades que se daba era la ausencia de cualquier tipo de fármaco, droga o similar, con la excepción de una muy leve, casi residual, presencia en el cerebro de una sustancia experimental y no puesta en el mercado denominada «*neurodiazepina*»; desconociéndose también cuándo había sido suministrada, ya que su metabolización era muy diferente al resto de estos compuestos. Esta reiterada aparición era la circunstancia más significativa y que para algunos juristas, no todos, marcaba la línea que podía determinar la actuación judicial. Pero el hecho cierto es que no se tenía certeza de qué efectos reales podía llegar a producir; no se había experimentado en humanos.

La « *neurodiazepina* » se podía identificar como un

medicamento psicotrópico del grupo de las benzodiazepinas. Este tipo de fármacos se caracterizan por actuar sobre el sistema nervioso central pudiendo tener, en general, efectos sedantes, hipnóticos, ansiolíticos, anticonvulsivos, amnésicos y miorelajantes; aunque en dosis altas, o combinados con otras sustancias, pueden producir un coma. Estos datos estaban en el dossier de cada investigador que, como el capitán Lefevre, sopesaba dudas y se hacía decenas de preguntas sobre qué estaba ocurriendo.

Del mismo modo se habían investigado posibles lesiones o situaciones, en los últimos días de vida de estos sujetos, que indujera a pensar coacciones o presión por chantaje; también con negativos resultados.

Después de los primeras muertes sin que las pesquisas arrojaran indicios de criminalidad, se decidió comenzar la investigación en el mismo momento que alguna personalidad anunciaba ese inminente retiro, traspaso de poder y la cesión de bienes por la aceptación de consecuencias en aplicación de la nueva ley; es decir, tal y como todos los que habían aparecido en estado vegetativo hicieron. Pero allá donde se indagó se llegó a las mismas conclusiones: nada punible.

En todo momento quienes salían más beneficiados eran las personas que heredaban los cargos y fortunas recibidas de quienes se las cedían; pero siempre se hacía con antelación y la publicidad oportuna. Los familiares que denunciaban irregularidades siempre eran quienes no habían recibido herencia alguna. Y a los que recogían la responsabilidad y trabajo de los fallecidos, o incluso el cargo público si lo había, no se les hallaba conexión o pertenencia a nada que los relacionase entre ellos o con alguna posible organización. Sin embargo había un hecho reiterado y muy significativo: en cada uno de los casos la víctima, cuando aparecía en ese inexplicable estado vegetativo,

estaba en su domicilio y casualmente el heredero y sucesor era su invitado.

Toda esta amalgama de idénticas circunstancias y concatenación de acontecimientos para Henry Lefevre, su subordinado el sargento Tabard y algunos investigadores policiales de otros estados de la Unión eran indicios racionales de que lo que estaba ocurriendo no era aleatorio ni natural. Había en todo ello razones suficientes para intuir que se estaba cometiendo algún tipo de delito; pero ¿de qué se trataba? ¿Quién o qué impulsaba a esas personalidades a determinar cuanto realizaban? ¿Por qué ese inmutable patrón de acontecimientos? En la ley iba implícita una inhumanidad abyecta y absoluta. Todos los que al inicio apoyaron la iniciativa eran ciudadanos poderosos que de haberlo querido hubieran podido burlar, como muchos con capacidad económica estaban haciendo de forma clandestina, las restricciones que la norma estaba imponiendo. Por ello las respuestas a esas preguntas era lo que martilleaba la mente del capitán Lefevre y algunos otros responsables relacionados con la justicia. Ese era el motivo por el que se habían abierto investigaciones en muchos puntos de la geografía europea, generando en cada caso idénticos resultados: coincidencias sin indicios de hechos punibles.

Capítulo II

Un mes después, tal y como el sargento Tabard vaticinó, fue París el punto en donde se dieron dos nuevos sucesos. El director general de una farmacéutica multinacional y el gerente y mayor accionista de una fábrica de aerodeslizadores y vehículos de transporte, en poco menos de cinco días, anunciaron por ellos mismos que en breve sus cargos pasarían a otras manos. En todos los casos se señalaba quien podría sustituir a estas personas y se les acercaba para que pudieran ir

responsabilizándose de los futuros cometidos. Todos eran personas que sobrepasaban los 60 años de edad y los designados de unos treinta años; como en los acontecimientos anteriores.

Una repentina y tremenda necesidad por profundizar en el tema se reabrió en la mente del capitán Lefevre, pero el hecho era que su cometido o línea de investigación se circunscribía a los secuestros y desapariciones. Circunstancia que no le impedía indagar a hurtadillas recopilando cuanta información caía en sus manos. No deseaba, ni se podía permitir el lujo, que se supiera; podía exponerse a una severa sanción.

La mañana de un nuevo lunes, al poco de comenzar a distribuir tareas, se abrió la holopantalla del intercomunicador de sobremesa. Era su superior mostrando su rostro con compungida mirada.

—En primer lugar no quiero que de esto haga una cuestión personal llevando los acontecimientos por los derroteros que usted ya sabe —dijo sin más.

El capitán, centrando atención en la imagen que el comisario esgrimía, no dijo nada; más bien se quedó sin poder pronunciar palabra alguna. El repentino varapalo recibido, no aportando más que lo dicho, lo descolocó.

—Al parecer ha desaparecido un ciudadano de origen alemán y dos peculiares amistades han contactado con el alcalde y el fiscal general —comentó el comisario, pero sin aportar mucha claridad.

—¡No me diga más! —exclamó el capitán, entendiendo el porqué de las primeras palabras que el comisario utilizó—. Gérard Renoir y Hervé Morande —indicó anticipándose a su superior.

—¡No deseo oír ni una palabra sobre coincidencias! Dedíquese simplemente a localizar a ese alemán —matizó con energía—. Quiero resultados sin

complicadas suposiciones. Y no maree a los denunciantes con sus extrañas teorías –indicó cortando la comunicación.

–¿Y si hay relación entre la desaparición y lo que sabemos que les ocurrirá a esos dos distinguidos ciudadanos? –inquirió el sargento Tabard, que sin proponérselo había escuchado las restrictivas instrucciones.

–¡Habrà que torear ese toro; –respondió el capitán, utilizando una antigua expresión de su abuelo materno. Capitán y sargento sabían que las palabras del comisario no eran gratuitas. Sobre la mesa de su superior despacho el capitán ya había descargado varias hipótesis referentes a las extrañas circunstancias que rodeaban a todos esos poderosos que estaban apoyando la nueva ley y que al poco aparecían, después de traspasar sus cargos, en estado vegetativo. Y Gérard Renoir y Hervé Morande eran los dos últimos.

Pese a las palabras del comisario el inicio de la investigación debía de generarse sabiendo quién era el desaparecido y sus actividades. Esta obviedad llevó a ambos policías ante la presencia de los dos denunciantes; al parecer eran los únicos que sabían algo de él.

En ambas entrevistas los dos magnates afirmaron que su relación con George Kaplan era debida a razones comerciales; al parecer se trataba de un informático, de 40 y algo de años, que les había ofrecido un revolucionario programa que abarcaba desde la protección de datos hasta lo más básico de la empresa. Ambos industriales temían que la desaparición del informático tuviera relación con su programa, o al menos eso expusieron en su denuncia.

El registro de la habitación del hotel en el que se alojaba tampoco arrojó mayores indicios. En ella sólo

se halló su ropa, muy escasa por cierto, y sus utensilios de aseo.

La unidad científica recogió cuantas muestras creyó conveniente que debían ser analizadas; entre otras, restos personales del desaparecido. También se requisaron grabaciones de las zonas comunes del hotel y las del pasillo de la habitación que ocupaba. En ellas su pudo entresacar altura y corpulencia de quien al parecer podía ser; pero sin conclusión alguna. Y a la habitación no había acudido nadie que no fuera el personal del hotel.

En la base de datos de la policía alemana no constaba la existencia de ningún George Kaplan.

El análisis del "ADN" de los restos de pelo que en la habitación fueron hallados tampoco determinó quién era. Ningún cuerpo policial de la Unión certificó coincidencia con la secuencia genética del desaparecido George Kaplan, y el registro policial de ese dato era obligatorio.

También se consultó posibles pagos con tarjetas a ese nombre, pero en todos los casos con negativa fortuna.

La reserva de la habitación y su pago por adelantado se realizó por una transacción electrónica que no pudo ser detectada; al parecer provenía de un país de oriente. Y lo más curioso, las maletas llegaron en un taxi, recogidas en el aeropuerto y facturadas por una agencia desde el punto que se realizó la reserva.

Todas las pesquisas para determinar quién podía ser el desaparecido, o qué movimientos había hecho en París, fueron infructuosas. Era como si el George Kaplan del hotel y conocido informático de los dos industriales hubiera aparecido de la nada o no existiera. Los únicos que aportaron descripción, por cierto muy detalla, y aseguraron que habían hablado con él eran los denunciantes.

Después de dos días de intensa labor policial, y distribuir el retrato que de la descripción se hizo, el capitán no pudo informar al comisario de adelanto alguno en la investigación; eso sí, le dejó caer que los dos empresarios ocultaban algo ya que sus testimonios eran calcados, como ensayados. Hecho que le valió un potente grito, maldiciones y ser expulsado del despacho.

Una hora después el comisario volvió a dejarse ver en la holopantalla de la mesa del capitán. Su rostro no auguraba nada bueno.

—No paro de recibir llamadas de todo tipo de responsables políticos. Todos con mucha amabilidad pero apremiándome resultados y dando a entender que soy un completo inútil —comentó tratando de reprimir la ansiedad y malestar que en su faz se reflejaba—. ¡Así es que haga algo y no me diga que ese alemán no existe! —dijo, gritando y con mucha energía.

La mañana del miércoles se presentaba con más frío; era febrero y el invierno todavía se paseaba por París con toda su cruda intensidad. El capitán Lefevre no había pegado ojo en casi toda la noche. No lograba encajar pieza alguna del rompecabezas que suponía el caso que llevaba entre manos. Todo lo que al respecto pensaba le dejaba con dos preguntas sin contestar: ¿Quién era el desaparecido? ¿Y por qué había sido secuestrado? Siendo los únicos indicios, o nexo de unión con algo, los dos industriales; ambos candidatos a convertirse en vegetales. Circunstancia que, por la concatenación de acontecimientos que se estaban dando, no tardaría en suceder; hecho que para el capitán podía estar vinculado a la desaparición. Dando siempre por sentado que el alemán existía. Pero si su desaparición estaba vinculada a esas extrañas muertes ¿qué papel jugaba en la historia?

Ensimismado en estos pensamientos y mientras se acercaba a la Prefectura de Policía, garabateando con las huellas de sus pies la nieve que una vez más cubría la totalidad de la calle, el sargento le llamó a su audio-teléfono.

—¡Han atacado la casa de Hervé Morande; ha muerto! —exclamó el sargento sin más explicaciones y preámbulos—. Un aviso de la servidumbre alertó a la policía y en estos momentos tienen la casa rodeada con intenso tiroteo. Los asaltantes están dentro —matizó.

—En cinco minutos estoy en la Prefectura. Solicita un transporte. Te espero en los estacionamientos —indicó el capitán, notándosele premura en su tono de voz.

Justo en el momento en que ambos llegaban a la mansión del acaudalado magnate, las fuerzas de acción rápida de la gendarmería francesa comenzaban el asalto al edificio; como vanguardia iban ocho «*drones*» dotados de cámaras de visión en varias modalidades. La información preliminar indicaba que en el interior habían, como mínimo, ocho individuos fuertemente armados y al parecer conocedores del oficio de las armas. Por lo que se le informó al capitán Lefevre, la situación más parecía una acción de comandos que un intento de robo, pese a que la casa en la que Hervé Morande habitaba estaba llena de obras de arte y, tal vez, gran cantidad de efectivo.

A los cinco minutos de iniciarse el asalto policial, una fuerte explosión, con la consiguiente rotura de la mayoría de las ventanas del edificio, zarandó el entorno. El polvo y humo que comenzó a inundar la vivienda, y a dejarse ver por las ventanas, desaconsejó que se continuara el avance; todos quedaron a la espera de nuevas instrucciones y parapetados en los puntos que se hallaban en esos momentos. Los «*drones*» cambiando su visión continuaron su avance,

aunque mucho más despacio.

Cuando el movimiento se hizo viable y los elementos electrónicos entraron en el sótano, punto en el que se había originado la explosión, se pudo observar que las fuerzas que habían atacado la «*Maison Morande*» se escapaban por los túneles del alcantarillado; de gran tamaño a su paso bajo la villa.

En el registro se localizaron los guardaespaldas del magnate empresarial y dos mercenarios muertos por impactos de bala. También se halló, herido de mucha gravedad, al propietario del edificio; apenas podía hablar, pero no había muerto.

Nada más que el capitán tuvo conocimiento del hecho entró en el edificio como perseguido por el diablo; incluso llegó antes que los servicios sanitarios. Necesitaba preguntarle ¿qué estaba ocurriendo? Y la gravedad de sus heridas podía ser un factor determinante para narrar verdades; sobre todo si el herido piensa que son sus últimos minutos de vida. Al menos ese fue el razonamiento que Henry Lefevre esgrimió y lo que le impulsó a llegar, lo antes posible, hasta el moribundo.

Cuando Morande vio acercarse al capitán, no dudó en hacer mención de hablarle; estaba recostado en la pared y auxiliado por un agente.

—He querido ser inmortal... —indicó nada más que se le acercó. Su habla era entrecortada y acompañada de repentinas toses—. Burlar a la muerte sacrificando otra vida... —matizó con voz ronca e intermitente, apenas se le escuchaba. Vocalizaba de forma muy deficiente y apagada. Tras una leve pausa, en la que no dejó de toser y sangrar por la boca, prosiguió—. Ahora estoy pagando mi arrogancia... me arrepiento de tanto —reveló con visible pesadumbre—. Debe parar esta sin razón; demasiadas muertes... ¡detenga al alemán y destruya su máquina; —exclamó balbuceando, a la vez

que, girando el rostro, exhalaba un tenue quejido que le diluyó la poca vida que le quedaba.

Al salir, el capitán narró al sargento cuanto había dicho el moribundo. Ambos, tratando de dar sentido a las palabras de Morande, buscaron la forma de encajarlas con el secuestro del alemán y la posible conexión con las extrañas muertes de los altos cargos públicos y magnates, pero una vez más no lograron ver cómo. Mientras aportaban descabelladas hipótesis esperaron a que la policía científica registrara la mansión. Había que recoger pruebas para determinar quienes eran los asaltantes y el posible motivo; el robo estaba descartado.

Tras cuatro horas de interminable espera y no sacar nada en claro, capitán y sargento se dirigieron al domicilio de Gérard Renoir. Era preciso ver si, el también denunciante de la desaparición del alemán, podía aportar significado a las confesiones que el moribundo de su amigo Hervé Morande regaló al capitán Lefevre. De momento único paso a realizar; los asaltantes habían desaparecido por las cloacas y su rastro perdido. Tan sólo quedaba ver si se podía identificar a los dos muertos y de esa forma conectarlos con nuevos indicios; pero eso tardaría.

Para el jefe de de la Unidad de Secuestros la desaparición del alemán y el asalto a la mansión del magnate estaban relacionados, pero no deseaba, de momento, solicitar la exclusividad de la investigación ya que esperaba tener mayores indicios, incluso poder vincularlos a esos extraños casos de estados vegetativos que no cesaban de aparecer en toda Europa. Estaba totalmente convencido de ello.

La mansión de Gérard Renoir estaba situada a las afueras de París, y era, desde luego, mucho más suntuosa que la de su fallecido amigo; casi podía

calificarse de pequeño «*château*». El edificio estaba situado en el centro de una inmensa parcela ajardinada y rodeada de zonas boscosas, apreciándose un pequeño riachuelo que en un lateral formaba un placentero lago. Nada más llegar a la verja de la entrada fueron recibidos por el que se identificó como jefe de seguridad; les estaba esperando por orden de «*Monsieur Renoir*». Al atravesar la finca no hubo duda de que el lugar parecía estar en pie de guerra. Garita, bosques y edificio estaban ocupados por un indeterminado número de personas y exhibiendo un sofisticado armamento.

—Hemos solicitado permiso a la «*Sécurité Nationale*» —indicó el jefe de seguridad nada más percatarse de que capitán y sargento no cesaban de observar el despliegue de armamento que había en el entorno—. La seguridad de «*Monsieur Renoir*» está comprometida, por ello les rogaré que cuando lleguemos al edificio me entreguen sus armas; en cuanto salgan les serán devueltas —solicitó con total corrección y sin que se le apreciara la más mínima alteración. Por la flema que esgrimió más parecía inglés que francés; aunque su habla indicaba que era nativo.

—Sabía que vendrían —indicó «*Monsieur Renoir*», sin dejar que ambos agentes saludasen. Dio la impresión de querer abreviar la entrevista, aunque por otro lado su actitud también hacía ver que deseaba hablar con ellos—. Son tristes momentos pero se hacía evidente que necesitasen preguntarme sobre qué ha podido impulsar el ataque que mi entrañable amigo ha sufrido —comentó con gran arrogancia y sin mover del confortable sillón ni un ápice de su cuerpo, lugar donde, con comodidad, estaba sentado al cálido abrigo de una exuberante chimenea; por cierto, quemando gruesos troncos.

La habitación en la que se hallaba era una ostentosa

biblioteca con un impresionante y artístico hogar tallado en mármol, a su alrededor, cientos de libros; la mayoría de ellos antiguos o muy antiguos. No había duda que la necesidad de transmitir al visitante su nivel económico imperaba por encima de cualquier otra consideración. Buena prueba de ello era estar recibiendo a los dos agentes en esa estancia. Punto de la casa en donde se podía apreciar un sin fin de nuevas ediciones de todo tipo de libros en papel; algo casi desaparecido. Del mismo modo se percibía su capacidad y lujo al mantener caldeada la habitación con leña; materia prima escasa y muy cara.

—También sería interesante saber quién —indicó el capitán mientras consumía la distancia que le separaba de su anfitrión.

—Cierto, pero no creo que pueda ayudarle. Desconozco los posibles motivos y quién ha podido alentar tamaña barbarie —respondió a la vez que con un ademán le invitaba a sentarse frente a él.

El sargento quedó en el dintel de la puerta. Sabía que su jefe tenía más paciencia que él, y la personalidad de Gérard Renoir le sacaba de quicio. En la anterior entrevista rebasó su cupo de soportar arrogancia y dijo lo que no debía; ahora la distancia le permitiría no percibir y con ello no alterarse.

Al capitán, por lo que acababa de manifestar «*Monsieur Renoir*», le quedó claro que si no aportaba algún dato más no habría forma de entresacarle indicio alguno, o por lo menos ver, por sus reacciones, en qué estaba implicado o qué conocía sobre lo que sucedía.

—El hecho es que mi presencia se debe a las manifestaciones del señor Morande, algo que creo que usted necesita o desea saber —indicó el capitán, tratando de activar a su interlocutor—. Sé que si nos ha recibido es por ello —afirmó, dándole a entender

que sabía por dónde iba el juego. Procediendo sin más a narrarle, con todo detalle, cuanto le manifestó Morande; excepto su última frase: «detenga al alemán y destruya su máquina».

—Muy curioso —afirmó Renoir—. No sabría qué decirle, parecen las confesiones de alguien muy atormentado. No reconozco en ellas lo que Hervé era o hacía —comentó sin apenas inmutarse; aunque ahora el capitán sí notó un leve indicio, ya que Renoir trató de desviar la mirada durante un escaso segundo.

—Entonces ese «He querido ser inmortal» y «Burlar a la muerte sacrificando otra vida», ¿no le dice nada? —inquirió el capitán—. Dio la impresión de ser algo en lo que estaba muy metido —indicó sin dejar de escudriñar cada una de las reacciones que el rostro de su anfitrión iba ejecutando; algo casi involuntario pero que podían denotar indicios de utilidad que aclarasen al capitán si estaba o no en la buena dirección.

—Pues, no —volvió a negar, aunque de nuevo, y ahora con más notoriedad, eludió mirar directamente al capitán—. Y creo que no voy a poder serle de mayor utilidad —matizó, tratando de finalizar la conversación, había obtenido lo que quería y no deseaba que el capitán lograra más indicios. Sabía de sobra que hay reacciones corporales, de difícil control, que pueden contradecir lo que se pretende aseverar o negar.

—¿Y no tendrán estas frases algo que ver con «Detenga al alemán y destruya su máquina»? —preguntó el capitán de sopetón—. ¿A qué máquina se refería? —tornó a inquirir, sin dejar de estudiar las reacciones de su anfitrión.

—Ya le he indicado que desconozco en qué podía estar involucrado «*Monsieur Morande*» —dijo, con visible alteración—. Y con esto vamos a dar por finalizada la entrevista —expuso a la vez que con una señal a su jefe de seguridad le indicaba que acompañara a los

agentes a la salida.

—¡Ah, una cosa más —expuso el capitán mientras se levantaba y hacía mención de irse—. ¿Por qué ese afán de cumplir la nueva ley de sanidad y traspasar todo su poder y dinero a otros? ¿No se ha percatado usted que días después todos los que han ejecutado este ritual han aparecido en estado vegetativo? ¿No tendrá eso que ver con la desaparición del alemán y su máquina?

—¡Váyase de mi vista y no vuelva por aquí sin una orden judicial! —exclamó con notorio enojo, aunque más bien parecía estar contrariado. El capitán había puesto el dedo en la llaga y su anfitrión se retorció de dolor. Ahora tenía claro que las confesiones de adhesión a la nueva ley, el consiguiente estado vegetativo en el que estas personas aparecían, el alemán desaparecido y esa máquina que Morande nombró estaban interconectados; y, por consiguiente, el asalto y muerte del mismo Morande. La extrema protección que Renoir había contratado era otra prueba de ello; se había ejecutado mucho antes del asalto a la mansión Morande. Pero cómo se lo exponía al comisario; y era seguro que en un par de horas o quizá menos sería llamado a su despacho para soportar, una vez más, la quemazón que algún pez gordo le habría causado. El capitán era consciente de que nada más salir de la mansión de Renoir, su propietario, iba a llamar para contárselo a alguien —debía haber más implicados—, y de esta forma, ese u otro, le cuestionaría al comisario el interrogatorio que el capitán había sometido al distinguido e influyente Gérard Renoir; aunque para el capitán Lefevre no era más que un delincuente y, con mucha posibilidad, de la máxima categoría.

El capitán, a la salida, narró al sargento el desarrollo de la conversación y las apreciaciones que había

observado. Sabía que no eran más que unos subjetivos indicios, pero algo más de lo que hasta el momento se tenía.

Antes de llegar a la Prefectura, tal y como el capitán vaticinó mentalmente, el comisario le exhortaba a comparecer en su despacho.

De nuevo la bronca estuvo servida, pero el capitán, pese a cuanto su superior le indicaba, volvió a exponerle sus conjeturas, hecho que le valió salir una vez más despachado a «cajas destempladas».

Al llegar a su despacho el capitán quedó pensativo. El sargento estaba recogiendo su prenda de abrigo y casi dispuesto para marcharse, era tarde y el día había sido largo y complicado. Sin embargo, al ver a su superior rumiar en su pensamiento, esperó. Sabía que algo de importancia saldría de ese cavilar y no deseaba esperar hasta el día siguiente para averiguarlo.

—Te has parado a pensar por qué no me destituye de la investigación —expuso el capitán con la mirada perdida en el infinito—. Si yo tuviera un subordinado que fuese merecedor de tantas broncas por atosigar con absurdas teorías, no lo hubiera dudado.

—Te apreciará —indicó el sargento, dando una posible explicación.

—¡No! —negó con rotundidad—. Hay algo más. Lo presiento —conjeturó el capitán, quedando pensativo.

El sargento, sabiendo sobre qué estaba meditando su superior, salió del despacho; la jornada laboral había concluido. Le esperaba su cálido hogar y la compañía de su embarazada esposa. Era todo un acontecimiento. Meses a tras, después de seis años de matrimonio, consiguieron el pertinente permiso para poder tratar de tener descendencia; disponer de trabajo y los excelentes informes que los servicios sociales cursaron fueron determinantes.

El capitán Lefevre marchó al poco de salir el sargento.

En su mente no dejó en momento alguno de tratar de atar, con una explicación, todos los cabos sueltos que la investigación presentaba, así como el comportamiento del comisario. Él, al contrario del sargento, vivía solo, pero esa noche no tuvo ganas de regresar a su domicilio, fue sin apenas darse cuenta, como por inercia, a casa de su expareja. Ahora que no vivía con ella se llevaba mucho mejor; hasta salían juntos, se contaban confidencias y hacían el amor con mayor frecuencia y más pasión.

Capítulo III

La mañana del jueves comenzó con la rutina habitual y muestras de fatiga. Ninguno de los dos agentes había descansado con normalidad. Los acontecimientos del día anterior les habían dejado con claves que no podían descifrar; por ello, recurrentes pensamientos les perturbaron el reparador sueño.

Al poco de comenzar la tarea, la holopantalla del intercomunicador telefónico del capitán se abrió. La figura del comisario se dejó ver, pero con rostro circunspecto.

—Le paso informes recibidos hace apenas unos minutos. Los noticiarios no tardarán en hacerse eco de ello —dijo, cortando sin más.

Ambos agentes quedaron sin atinar qué decir. Se miraron y centraron la vista en la holopantalla. En ella apareció de forma escueta la mutilación y asesinato de cinco personas —cada una de un país diferente—, pero todas herederas de patrimonios y responsabilidades de destacados miembros de la sociedad que habían secundado la nueva ley de sanidad; personalidades que con posterioridad aparecieron en estado vegetativo. Tras la noticia ambos agentes aún terminaron más atónitos. Por un lado estaban los inesperados acontecimientos y por otro que los había remitido el

comisario y sin pronunciar palabra, ¿estaba o no en contra de las suposiciones que el capitán no cesaba de esgrimir? Esa era la pregunta que ahora capitán y sargento se hacían. Hecho que les dejó más pensativos que los propios sucesos.

Profundizando sobre cómo se habían producidos estas novedosas muertes, desde la entrada de la Prefectura anunciaron al capitán que un eurodiputado deseaba hablar con él. Nada más entrar los dos agentes lo reconocieron. ¡Es uno de ellos! —exclamaron mentalmente.

—Creo que saben quién soy —indicó en cuanto accedió al despacho y mientras recorría los dos pasos que había desde la entrada a la mesa del capitán. Fue su manera de presentarse; algo grosera en opinión de ambos agentes, aunque no lo expresaron.

—Desde luego —afirmó el capitán, toda vez que el sargento, sentado en el lateral de la mesa, asentía con un movimiento de su cabeza.

El eurodiputado, esgrimiendo una arrogante confianza, se sentó. Quedó frente al capitán y dejando a su derecha el sargento. Los agentes al observar el grado de desprecio que parecía mostrarles, no dijeron nada, esperaron que expusiera el porqué de su visita.

—Necesito protección —indicó sin más.

—¿Protección de qué o de quién? —inquirió el capitán, sin salir de su asombro.

—Si me garantizan mi seguridad les daré información muy valiosa —esgrimió, manteniendo su talante de arrogancia.

—Dirijo el departamento de secuestros...

—Sé quien es usted y qué competencias tiene —indicó el eurodiputado, interrumpiendo lo que el capitán iba a exponer—. Pero en cuanto usted le diga a su superior que puedo aportar pruebas de porqué aparecen altos cargos empresariales y políticos en estado vegetativo,

seguro que aparecerá la posibilidad —expuso con total naturalidad.

A los diez minutos el comisario y su ayudante entraban en el despacho del capitán. Después de las pertinentes presentaciones, ratificar el eurodiputado qué datos o pruebas podía aportar y el comisario garantizar su plausible protección, el político comenzó a narrar:

—Hace un poco más de una año, un sujeto que todavía no hemos podido identificar, se presentó a un grupo de políticos, inversores e industriales proponiéndonos la inmortalidad. La cuestión era muy sencilla pero exigía una tremenda suma de dinero y formar parte de esa élite que de modo encubierto encauza los designios del ciudadano corriente —manifestó haciendo una pausa y mirando el rostro de los cuatro agentes. Dio la impresión de buscar en ellos atisbos de sorpresa o incluso de incredulidad. Todavía estaba orgulloso de sí mismo.

—No tenía la certeza de qué estaba ocurriendo, ni creo que ninguno de los aquí reunidos —indicó el comisario—, pero sabíamos que todas esas concatenaciones de acontecimientos y los desenlaces finales no eran naturales, algo los provocaba y era por la acción de algunas personas que estaban obteniendo lucro o poder —aseveró.

Estas palabras dejaron a capitán y sargento confusos, aunque se desvelaba que la actitud del comisario sólo era una forma de no desatar las mismas consideraciones que el capitán estaba obteniendo en ciertos niveles de la administración. Circunstancia que podía ser perniciosa para la investigación. El comisario tenía la certeza de que algo se estaba tramando, pero como el resto de profesionales no sabía qué, ni cómo. Necesitaba estar al margen y dejar que el capitán mantuviera su actitud. Aunque estas precisiones no le llegaron a Lefevre hasta que el caso se resolvió.

—¿Cómo nos ofrecía esa inmortalidad? —continuó—. Había diseñado una máquina y un programa que, con la ayuda de una nueva sustancia, era capaz primero de eliminar la consciencia de un sujeto, es decir, dejar su mente limpia de la personalidad, recuerdos y cognición, y trasvasar a su cerebro cuanto otra persona es, piensa, recuerda o decide. De esta forma un sujeto mayor puede acceder al cuerpo de uno joven. Una inmortalidad con limpieza y sin riesgo —matizó sin remordimiento alguno. Dio la impresión de que cuanto confesaba estaba justificado o no implicaba daño alguno; ni moral, ni jurídico.

—¡Pero eso supone matar a otra persona! —exclamó el capitán, con total asombro y todavía más desconcierto. No entendía la frialdad con la que el eurodiputado razonaba sus actos.

—Entonces usted no es Emerik Lasserre sino Christian Marchant —afirmó el comisario.

—Según se mire —indicó, sin rubor alguno—. La legalidad dice que soy Emerik, pero mi intelecto, raciocinio y personalidad es la de Christian Marchant; ¡soy Christian Marchant! —exclamó—. Aunque para ustedes y la justicia, oficialmente, soy Emerik Lasserre —aclaró con sumo énfasis—. Y a tenor de las leyes de Francia y la Unión Europea Emerik Lasserre no ha cometido delito alguno —explicó con la altanería del principio.

Nada más que el eurodiputado concluyó su última frase, la holopantalla del intercomunicador del capitán se activó; comenzó a recibir un comunicado procedente de la oficina central de información: notificaban la aparición de otras seis muertes de personalidades con los mismos antecedentes que las cinco anteriores; también habían sufrido terribles mutilaciones. Todos en la sala vieron la información. El capitán no dudó en que el eurodiputado se percatara de la circunstancia.

Comenzaba a ver claro el porqué se había decidido a confesar y solicitar protección; peligraba su vida. Algún grupo tan avaricioso, poderoso y ruin como el que había iniciado la trama quería tajada de esa inmortalidad, y sus integrantes –aunque muy bien podría ser sólo uno– no estaban escatimando medios para localizar al desaparecido alemán.

–¡Deben protegerme! –exclamó, con franco temor; la arrogancia se le había disipado.

–Dese luego –aseguró el comisario–. Pero primero debe contárnoslo todo, firmarnos una confesión y ratificar delante de la fiscalía cuanto haya declarado. Es condición «*sine qua non*» –afirmó, utilizando una locución jurídica procedente del Latín.

–Y si lo que ha contado es cierto ¿quién es George Kaplan? –solicitó el capitán. Los últimos acontecimientos se iniciaron tras la denuncia de la desaparición de este sujeto que, según declaración del moribundo Morande, era quien lo había provocado, y el creador de la dichosa y, al parecer, codiciada máquina.

–Para que se aprobara la ley de sanidad –hecho que nos permitiría disminuir drásticamente la población–, se hizo necesario abrir la propuesta de inmortalidad a un círculo mayor –narró el eurodiputado con total naturalidad; aunque hizo una pausa. No parecía que ese más de un millón de muertes, y las que diariamente se iban sumando por la aplicación de esa norma, le afectasen en lo más mínimo–. Con ello se fomentaba la clandestinidad de medicamentos y otros servicios; generándose mayores beneficios y logrando disminuir la población eliminando enfermos y dependientes –continuó–. Era un negocio redondo, pero demasiadas personas estaban en el secreto –afirmó–. Hace días, uno de nuestros nuevos socios sufrió un extraño accidente. Investigamos y la conclusión fue que lo habían torturado y ejecutado.

¿Pero para qué? Estaba claro que nuestro secreto ya no lo era tanto. Alguien había atado cabos y tenía indicios de la trama; y el fallecido, al ser torturado, lo habría revelado. Era casi una certeza —aseveró haciendo una pausa.

»Los que iniciamos este tinglado comenzamos a dudar de los nuevos asociados, por ello diseñamos un plan; era preciso averiguar quien estaba detrás de esa incursión en nuestros asuntos —explicó, manteniendo en todo momento su talante justificativo y un aparente perjuicio.

—Y por eso la denuncia de Renoir y Morande —indicó el capitán, siguiendo el hilo narrativo.

—Pero ninguno de ellos sabía de qué iba la trama —matizó el eurodiputado con ironía—. Eran nuevos asociados y sólo se les contó una parte del plan. El señor Kaplan es fruto de nuestra invención; no existe. El alemán, como lo llamamos, está escondido y su paradero sólo lo sabemos un reducido grupo. Tiene la máquina y es quien hace los cambios; no es posible sin él —aclaró.

»En el instante en que Renoir y Morande denunciaron la desaparición del alemán se pusieron al descubierto, y por ello quienes, o quien, persigue al alemán y su máquina está matando y torturando a cuantos localiza. No ha ido a por Renoir porque está muy protegido y tiene a otros más a mano y con menos seguridad —argumentó.

—¿Y qué pretendían con esa argucia? —demandó el comisario. Todavía no veía claro el porqué habían denunciado la desaparición de alguien que no existía.

—Que ustedes investigaran e identificaran, aunque por sospechas, a quién, o quienes, nos están acosando; ahora matando sin piedad. Supusimos, erróneamente, que nuestro adversario trataría de llegar a Kaplan y que ustedes se cruzarían en sus pesquisas. Si así

ocurría, sabríamos cómo contraatacar. Era un gran plan; sencillo y hábil —explicó con orgullo.

—Pero su enemigo no cayó en la trampa; se dio cuenta del ardid o no quiso que nosotros lo identificáramos. Motivo por el que atacó a la mansión de Morande y está torturando a cuantos localiza. Ninguno de ellos sabedores de que están siendo perseguidos —comentó el capitán, completando la narración.

—Algo parecido —afirmó.

—¿Y cual es su historia? —solicitó el comisario, continuaba teniendo dudas del porqué estaba descubierto algo tan sórdido y retorcido, podía buscar sicarios que lo protegiesen.

—No le entiendo.

—Es muy sencillo, ¿por qué está confesando? —demandó de nuevo el comisario—. Nos ha indicado que tiene miedo; por qué no hace como Renoir.

—Emplee casi todo el patrimonio en mi «*lifting*»

—reveló, aportando un nuevo sarcasmo, un descaro total y sin esgrimir el menor remordimiento—. Con lo que generasen nuestros nuevos negocios me resarciría —indicó, manteniendo su nula moralidad.

Vicente Hernández se abre al mundo en el seno de una familia donde el trabajo, la responsabilidad y el entorno familiar son los motores principales de sus valores. Época complicada de una España en la que a muchos de los nacidos en sus mismas circunstancias se les decía que venían al mundo con un pan bajo el brazo. Este ambiente de dedicación y parquedad marcó en él ese afán de superación y de logro que ha ido imperando constantemente en su vida. Vida esta no señalada ni por el fracaso ni por el rotundo éxito, ya

que pequeños logros y algunas vicisitudes, con sus correspondientes sacrificios, fueron forjando su conciliador talante.

Cursa sus estudios primarios como alumno libre en el Instituto Luis Vives de Valencia, y posteriormente se Licencia en Psicología por la Universidad de Valencia. Desde joven fue apasionado lector y gran fan de Asimov, Arthur C. Clarke y Ray Bradbury, entre otros. Este hecho y su afición por escribir, han sido los detonantes de cuanto ha publicado. En la actualidad podemos nombrar: “Cuando las estrellas nos llamen”, que a su vez es precursora e inicio de “En el brazo de Orión” novelas escritas tras muchos años de navegar por este terreno con narraciones cortas como “Asesinato en la alquería y otros relatos” –Recopilación de relatos cortos escritos entre 1986 y 1996, publicados a primeros del 2015—. Entre ellos se encuentran “El Guardián” y “Asesinato en la Alquería” primer y segundo premio en sendos concursos de narrativa corta. Al respecto también ha sido galardonado en las siguientes ocasiones:

-Ganador de los premios Scifiworld 2012 con su relato corto “El Bosque” publicado en el libro de recopilación “El Día de los cinco reyes y otros cuentos”.

-Finalista en los premios del Diario “El Levante” fallas 2013 de microrelatos falleros con la narración “Joan el Maslet” publicado por Obrapropia.

-Finalista en el II concurso Acen de relatos cortos con el escrito “¿Por qué me miran?” publicado por la asociación Acen en el recopilatorio: Bocados sabrosos II.

-Ganador del IV certamen internacional de ciencia ficción Alternis Mundi (2013) en la categoría de cuento corto, con el relato “La proteína”.

-Finalista en el certamen de microrrelato Fantasti`cs 14 - 5ª jornadas de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror de

Castellón, con el microrrelato “Anoche medité”.

-Finalista en los premios del Diario “El Levante” fallas 2015 de microrrelatos falleros con la narración “El ninot” publicado por editorial La Rosella.

-Finalista en la 5ª edición del Certamen TerBi 2015 de relato temático; tema: mundo envejecido, participando con la narración “Morituri te salutant”.

Colaboradores

Juan José Aroz

Editor de la colección “**Espiral Ciencia-Ficción**” <http://aroz.izar.ne> que cumple ahora 20 años, con 55 títulos publicados.

Por su labor ha sido galardonado con el Premio Gabriel de la AEFCFT y el **Premio TerBi honorífico**. Las novelas publicadas en “Espiral Ciencia-Ficción” han obtenido cinco premios Ignotus. El poemario “Phaedra” de Juan José Aroz recibió el Ignotus de obra poética.

Mariano Villarreal

Administrador del portal Literatura Fantástica <http://literfan.cyberdark.net> y miembro de la AEFCFT, de la que fue administrador de los Premios Ignotus durante cinco años. Ha sido seleccionador de las antologías “Fabricante de sueños 2000” y “Visiones 2006”.

Actualmente es uno de los seleccionadores de la antología “**Terra Nova, Antología de Ciencia Ficción Contemporánea**”, que ya va por el volumen nº 3 <https://www.facebook.com/TerraNovaFiccion?fref=ts>

Ángel Rodríguez

Organizador y fundador del primer grupo de estudio de la obra de un autor de ciencia ficción español en España, **Amigos de Ángel Torres Quesada**. Coautor del fanzine **Mundo Olvidado**, que se entregaba junto al fanzine “El Fantasma”. Colaborador de **Augusto Uribe** en el listado de bolsilibros de CF, así como la ordenación de las obras de Torres Quesada junto a Uribe y Cidoncha, también colaboró con varias críticas

a libros en las hojas de Uribe. Miembro desde casi su fundación de la tertulia de Bilbao, TerBi. Seleccionador de Fabricantes de sueños 2006. Colaborador de varios autores, revisando sus originales.

Alt64

es una asociación afín a la **TerBi**, cuyo principal proyecto es la construcción de una enciclopedia on-line sobre ciencia ficción.

La enciclopedia, en formato wiki y bajo licencia GNU FDL, está abierta a la colaboración por parte de todo aficionado que lo solicite. Sus contenidos abarcan desde biografías de los autores y comentarios a sus obras (sean literatura, cine, televisión o cómic), hasta artículos acerca de la propia ciencia ficción y conceptos fundamentales dentro del género.

Actualmente cuenta con más de tres mil artículos y ha recibido cerca de diez millones de consultas en los últimos seis años.

Dirección Web: www/alt64.org/wiki/

Txerra Vila

Coadministrador del **fancine TerBi** y del **Taller Literario TerBi**, también de encarga de grabar las **Jornadas TerBi** y subirlas a YouTube www.youtube.com/user/TerBiCCFF

El primer relato publicado de Txerra fue **Su seguro servidor** en la revista electrónica **Axxon** n° 162 <http://axxon.com.ar/rev/162/c-162cuento5.htm>

Desde entonces ha publicado varios relatos y artículos en papel y en fancines. Se pueden encontrar algunos de sus relatos en el blog: <http://txerra-desdeelrinconoscuro.blogspot.com/>

Ricardo Manzanaro

Es el presidente de TerBi, Asociación Vasca de Ciencia-Ficción Fantasía y Terror. Administra el blog sobre actualidad de literatura y cine de ciencia-ficción: <http://notcf.blogspot.com> y los **Premios Ignotus** de la **AEFCFT**

También es coadministrador del **fancine TerBi** y del **Taller Literario TerBi**. Escritor de relatos de ciencia-ficción y terror de corte humorístico, tiene publicados más de 40 en diversas antologías y webs.

Actividades de la TerBi

Terbi, Asociación Vasca de Ciencia Ficción y Terror

La Terbi es una asociación cultural sin ánimo de lucro. Nuestro objetivo principal es la difusión del género fantástico en sus diferentes medios, principalmente el literario.

Los socios de la Terbi abonan una cantidad simbólica de 10 € anuales por ingreso en la cuenta
BBK 2095.0350.40.91-1053337-8

Si te gusta el género fantástico, eres bienvenido a tomarte un café con nosotros. Estaremos encantados de conocerte.

Nos puedes encontrar en:
<http://terbicf.blogspot.com/>
<http://notcf.blogspot.com/>

En el Grupo TerBi de Facebook
<http://www.facebook.com/groups/60167318666/>

Y en el Canal TerBiCF de YouTube:
<http://www.youtube.com/user/TerBiCCFF>